

Domingo XXIX del Tiempo Ordinario (ciclo B)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO** – Homilías en Santa Marta y Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones
- **BENEDICTO XVI** – Ángelus 2006 y 2009
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Antoni CAROL i Hostench** (Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

EL QUE QUIERA SER PRIMERO

Is 53,10-11; Hb 4,14-18; Mc 10,35-45

Los dos fragmentos, tanto el de Isaías como el del Evangelio de Marcos están estructurados de forma paradójica y contradictoria. Para el profeta, es necesario que el misterioso Siervo de Israel entregue su vida como expiación y soporte el sufrimiento para ver alargados sus años. ¡Extraña manera de prolongarse, entregando la vida! Los escépticos y los cristianos nominales dirán que es un despropósito sin sentido alguno. El Evangelio por su parte, invierte los criterios que conducen al éxito y la grandeza humana: conviene volverse esclavo y servidor de los últimos, es decir, de aquellos que no disponen de recursos para retribuirnos el favor y el servicio prestados. Quien disponga de recursos y capacidades, no deberá emplearlos solamente en beneficio propio, sino también a favor de los más desprotegidos, que indudable y desafortunadamente, siguen siendo mayoría.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 16, 6. 8

Te invoco, Dios mío, porque tú me respondes; inclina tu oído y escucha mis palabras. Cuídame, Señor, como a la niña de tus ojos y cúbreme bajo la sombra de tus alas.

Se dice Gloria

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, haz que nuestra voluntad sea siempre dócil a la tuya y que te sirvamos con un corazón sincero. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

El siervo del Señor hizo de su vida un sacrificio.

Del libro del profeta Isaías: 53, 10-11

El Señor quiso triturar a su siervo con el sufrimiento. Cuando entregue su vida como expiación, verá a sus descendientes, prolongará sus años y por medio de él prosperarán los designios del Señor. Por las fatigas de su alma, verá la luz y se saciará; con sus sufrimientos justificará mi siervo a muchos, cargando con los crímenes de ellos. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 32,4-5. 18-19. 20. 22

R/. Muéstrate bondadoso con nosotros, Señor.

Sincera es la palabra del Señor y todas sus acciones son leales. Él ama la justicia y el derecho, la tierra llena está de sus bondades. **R/.**

Cuida el Señor de aquellos que lo temen y en su bondad confían; los salva de la muerte y en épocas de hambre les da vida. **R/.**

En el Señor está nuestra esperanza, pues Él es nuestra ayuda y nuestro amparo. Muéstrate bondadoso con nosotros, puesto que en ti, Señor hemos confiado. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Acerquémonos con plena confianza al trono de la gracia.

De la carta a los hebreos: 4, 14-16

Hermanos: Puesto que Jesús es el Hijo de Dios, es nuestro sumo sacerdote, que ha entrado en el cielo, mantengamos firme la profesión de nuestra fe. En efecto, no tenemos un sumo sacerdote que no sea capaz de compadecerse de nuestros sufrimientos, puesto que él mismo ha pasado por las mismas pruebas que nosotros, excepto el pecado.

Acerquémonos, por tanto, con plena confianza al trono de la gracia, para recibir misericordia, hallar la gracia y obtener ayuda en el momento oportuno. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Mc 10, 45

R/. Aleluya, aleluya.

Jesucristo vino a servir y a dar su vida por la salvación de todos. **R/.**

EVANGELIO

El que quiera ser grande entre ustedes, que sea su servidor.

Del santo Evangelio según san Marcos: 10, 35-45

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, y le dijeron: “Maestro, queremos que nos concedas lo que vamos a pedirte”. Él les dijo: “Qué es lo que desean?” Le respondieron: “Concede que nos sentemos uno a tu derecha y otro a tu izquierda, cuando estés en tu gloria”. Jesús les replicó: “No saben lo que piden. ¿Podrán pasar la prueba que yo voy a pasar y recibir el bautismo con el que yo seré bautizado?” Le respondieron: “Sí podemos”. Y Jesús les dijo: “Ciertamente pasarán la prueba que yo voy a pasar y recibirán el bautismo con el que yo seré bautizado; pero eso de sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; eso es para quienes está reservado”.

Cuando los otros diez apóstoles oyeron esto, se indignaron contra Santiago y Juan. Jesús los reunió entonces a los Doce y les dijo: “Ya saben que los jefes de las naciones las gobiernan como si fueran sus dueños y los poderosos las oprimen. Pero no debe ser así entre ustedes. Al contrario: el que quiera ser grande entre ustedes, que sea su servidor, y el que quiera ser el primero, que sea el esclavo de todos, así como el Hijo del hombre, que no ha venido a que lo sirvan, sino a servir y a dar su vida por la redención de todos”. **Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

Credo

PLEGARIA UNIVERSAL (DOMUND)

Sacerdote:

Oremos hermanos, a Dios Padre, por medio de Jesucristo, su Hijo, que se entregó por la salvación de todos, pidámosle: Te rogamos, Señor.

Lector:

- 1.** Para que el Espíritu Santo fortalezca a los obispos y a los presbíteros de los países de misiones y los asista de manera que conduzcan sus jóvenes Iglesias hacia una verdadera madurez cristiana, *roguemos al Señor.*
- 2.** Para que el Señor infunda su Espíritu Santo en los misioneros y haga que su apostolado y su testimonio sean verdaderamente evangélicos y no de sabiduría únicamente humana, *roguemos al Señor.*
- 3.** Para que los cristianos que viven en países de misiones den un testimonio verdadero de amor a Jesucristo, se sientan ricos por el conocimiento del Evangelio y no se avergüencen nunca de su pobreza humana, *roguemos al Señor.*
- 4.** Para que nosotros y los miembros de nuestras comunidades consideremos como parte integrante de nuestra fe la solicitud apostólica de transmitir la luz y la alegría del Evangelio al mundo no cristiano, *roguemos al Señor.*

Sacerdote:

Señor Jesucristo, que sabes lo que hay en el interior de cada hombre y amas a todos, porque por todos te has entregado, escucha nuestra oración y haz que sean muchos los que tengan un amor tan grande que estén dispuesto, como tú, a entregar la propia vida por los hermanos y para anunciarles el Evangelio de salvación. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Concédenos, Señor, el don de poderte servir con libertad de espíritu, para que, por la acción purificadora de tu gracia, los mismos misterios que celebremos nos limpien de toda culpa. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio dominical.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 32, 18-19

Los ojos del Señor están puestos en sus hijos, en los que esperan en su misericordia; para librarlos de la muerte, y reanimarlos en tiempo de hambre.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te rogamos, Señor, que la frecuente recepción de estos dones celestiales produzca fruto en nosotros y nos ayude a aprovechar los bienes temporales y alcanzar con sabiduría los eternos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

DOMINGO MUNDIAL DE LAS MISIONES

MR, p. 1073. Lecc. III. p. 256, (N. 3, 6, 2, 2, 1)

Por la evangelización de los pueblos

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 95, 3-4

Anuncien a todos los pueblos la gloria del Señor, sus maravillas a todas las naciones, porque grande es el Señor y muy digno de alabanza.

Se dice Gloria

ORACIÓN COLECTA

Dios nuestro, que has querido que tu Iglesia sea sacramento de salvación para todos los pueblos, de forma que así perdure la obra redentora de Cristo hasta el fin de los tiempos, despierta los corazones de tus fieles y haz que se sientan llamados a trabajar por la salvación de todos, con tanta mayor urgencia, cuanto es necesario que, de todas las naciones, surja y crezca para ti una sola familia y un solo pueblo. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Caminarán los pueblos a tu luz.

Del libro del profeta Isaías: 60, 1-6

Levántate y resplandece, Jerusalén, porque ha llegado tu luz y la gloria del Señor alborea sobre ti. Mira, las tinieblas cubren la tierra y espesa niebla envuelve a los pueblos; pero sobre ti resplandece el Señor y en ti se manifiesta su gloria. Caminarán los pueblos a tu luz y los reyes, al resplandor de tu aurora.

Levanta los ojos y mira alrededor: todos se reúnen y vienen a ti; tus hijos llegan de lejos, a tus hijas las traen en brazos. Entonces verás esto radiante de alegría; tu corazón se alegrará, y se ensanchará, cuando se vuelquen sobre ti los tesoros del mar y te traigan las riquezas de los pueblos. Te inundará una multitud de camellos y dromedarios, procedentes de Madián y de Efá. Vendrán todos los de Sabá trayendo incienso y oro y proclamando las alabanzas del Señor. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 66, 2-3. 5. 6 y 8

R/. Que te alaben, Señor, todos los pueblos.

Ten piedad de nosotros y bendícenos; vuelve, Señor, tus ojos a nosotros. Que conozca la tierra tu bondad y los pueblos tu obra salvadora. **R/.**

Las naciones con júbilo te canten, porque juzgas al mundo con justicia; con equidad tú juzgas a los pueblos y riges en la tierra a las naciones. **R/.**

Que te alaben, Señor, todos los pueblos, que los pueblos te aclamen todos juntos. Que nos bendiga Dios y que le rinda honor el mundo entero. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Pidan a Dios por todos los hombres, porque él quiere que todos se salven.

De la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo 2,1-8

Te ruego, hermano, que ante todo se hagan oraciones, plegarias, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, y en particular, por los jefes de Estado y las demás autoridades, para que podamos llevar una vida tranquila y en paz, entregada a Dios y respetable en todo sentido.

Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro salvador, pues él quiere que todos los hombres se salven y todos lleguen al conocimiento de la verdad, porque no hay sino un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre él también, que se entregó como rescate por todos.

El dio testimonio de esto a su debido tiempo y de esto yo he sido constituido, digo la verdad y no miento, pregonero y apóstol para enseñar la fe y la verdad.

Quiero, pues, que los hombres, libres de odios y divisiones, hagan oración dondequiera que se encuentren, levantando al cielo sus manos puras. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mc 16, 15

R/. Aleluya, aleluya.

Vayan por todo el mundo, dice el Señor, y prediquen el Evangelio a toda creatura. **R/.** Aleluya.

EVANGELIO

Bauticen a las naciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Del santo Evangelio según san Mateo 28,16-20

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea y subieron al monte en el que Jesús los había citado. Al ver a Jesús, se postraron, aunque algunos titubeaban.

Entonces Jesús se acercó a ellos y les dijo: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado; y sepan que yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo». **Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, que lleguen a tu presencia soberana los dones de tu Iglesia suplicante, del mismo modo que fue tan grata a tus ojos la gloriosa pasión de tu Hijo, para la salvación del mundo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Prefacio dominical.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 116, 1-2

Que alaben al Señor todas las naciones, que lo aclamen todos los pueblos. Porque grande es su amor hacia nosotros y su fidelidad dura por siempre.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, que la participación en tu mesa nos santifique y concede que todos los pueblos reciban con gratitud, por medio del sacramento de tu Iglesia, la salvación que tu unigénito consumó en la cruz. El, que vive y reina por los siglos de los siglos.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.-La búsqueda del poder, el dominio y el reconocimiento social no son exclusivos de una determinada clase de personas. Es propio de la condición humana el querer imponerse sobre los demás, afirmando la propia valía, sea ésta real o imaginaria. Los pescadores Santiago y Juan tenían la intención de hacerse respetar y temer, a costa de la fama pública de Jesús. Equívoco rotundo. Jesús nos advierte que la gloria que perdura la otorga Dios Padre, que no se deja llevar por apariencias ni accede al tráfico de influencias que carcome nuestras instituciones hasta desgastarlas. La progresiva pérdida de confianza de la ciudadanía y la feligresía en sus respectivos representantes no es casual. La recuperación de esa autoridad moral comenzará a verificarse cuando los que se llaman servidores, pastores o representantes populares, se decidan a honrar tan honrosos títulos.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Dio su vida en expiación (Is 53,10-11)

1ª lectura

Estos dos versículos forman parte del cuarto canto del Siervo, uno de los textos más comentados de la Biblia, tanto en lo que se refiere a su estructura literaria como a su contenido.

En su estructura, el canto interrumpe el estilo hímnico del cap. 52, que continúa en el cap. 54, con un estilo más reflexivo sobre el valor del sufrimiento. En su contenido, el canto es sorprendente al presentar el triunfo y exaltación del siervo a través de su humillación, abandono y padecimiento. Más aún, el siervo toma como propias las enfermedades, dolores y hasta los pecados de los demás para librarlos y sanarlos. Hasta entonces esta «expiación vicaria» era desconocida en la tradición bíblica. El pasaje resulta muy original hasta en el vocabulario, puesto que contiene cuarenta términos que no aparecen en otros lugares de la Biblia.

El poema, construido con esmero, está dividido en tres estrofas: la primera (52,13-15) está puesta en labios del Señor y constituye una obertura que insinúa los temas que se van a desarrollar posteriormente: el triunfo del siervo (v. 13), su humillación y sufrimiento (v. 14) y el asombro de propios y extraños ante un acontecimiento tan novedoso (v. 15).

La segunda (53,1-11a) es un relato gozoso de la aflicción padecida por el siervo y los efectos beneficiosos que ha producido. Está puesta en labios de un «nosotros», que representa al pueblo entero y al propio profeta; ambos se sienten unidos al siervo del Señor. Esta estrofa se construye en cuatro estadios de contemplación: en primer lugar (53,1-3), la descripción del siervo en sus orígenes nobles —«renuevo», «raíz» en la presencia del Señor— y en su aflicción degradante como «varón de dolores». A continuación (53,4-6), se señala que la razón de tanto sufrimiento es la expiación vicaria. Si en la doctrina tradicional el dolor se consideraba castigo individual, aquí es provecho para los demás. Ésta es la primera lección para los que le tenían por «castigado, herido de Dios y humillado»,

y el punto culminante del poema. En tercer lugar (53,7-9), se vuelve a la contemplación del siervo que libremente asume los padecimientos y con sencillez se ofrece en sacrificio expiatorio, como indican la imagen del cordero y de la oveja. Su muerte es tan ignominiosa como los dolores que le han precedido. Por último (53,10-11a), se describen con profusión los frutos de tanto padecimiento. Con resonancia de las tradiciones patriarcales, se señala la descendencia numerosa y los muchos días, y con sentido sapiencial se asegura el pleno conocimiento.

La tercera estrofa (53,11b-12) vuelve a estar en labios del Señor, que reconoce solemnemente la eficacia del sacrificio de su siervo: «justificará», es decir, obtendrá la salvación (v. 11) y tendrá parte en el botín y la herencia divina (v. 12).

El cuarto canto del Siervo del Señor fue interpretado y actualizado desde muy pronto. Los judíos de Alejandría, al hacer hacia el siglo II a.C. la versión griega de los Setenta, introdujeron pequeños retoques para identificar al siervo del poema con el pueblo de Israel en la diáspora. Si éste estaba sufriendo enormes dificultades para conservar su identidad en aquel ambiente helenista y politeísta, se sabía confortado con la esperanza de la exaltación que refleja el canto.

El judaísmo palestinese identificaba el siervo glorificado con el Mesías, pero modificaba la descripción de los padecimientos para aplicarlos a las naciones paganas. Los textos hallados en Qumrán interpretan este canto a la luz de los desprecios que soportó el Maestro de Justicia, probable fundador del grupo que se había asentado en ese lugar.

Sin embargo, el texto de Isaías sólo se comprende plenamente a la luz de las palabras de Jesús, quién reveló su misión redentora como el siervo sufriente profetizado en este canto. A él se refirió en varias ocasiones: en la respuesta a la petición de los hijos del Zebedeo —«el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención de muchos» (Mt 20,28 y par.)—, en la Última Cena, donde anuncia su muerte ignominiosa entre malhechores citando 53,12 (Lc 22,37), en varios pasajes del cuarto evangelio (Jn 12,32.37-38), etc. También parece aludir a él en el diálogo con los discípulos de Emaús (Lc 24,25ss.) para explicar la razón de su pasión y muerte. Por eso, los primeros cristianos entendieron el sentido de la muerte y resurrección de Jesús al hilo de este poema y así quedó reflejado en la expresión «según las Escrituras» de 1 Co 15,3, la fórmula «por nuestros pecados» (Rm 4,25; 1 Co 15,3-5), el himno cristológico de la *Carta a los Filipenses* (Flp 2,6-11), en expresiones de la *Primera Carta de Pedro* (1 P 2,22-25) y en otros muchos lugares del Nuevo Testamento (Mt 8,17; 27,29; Hch 8,26-40; Rm 10,16; etc.).

La tradición patrística explica el canto como una profecía que se cumple en Cristo (cfr S. Clemente Romano, *Ad Corinthios* 16,1-14; S. Ignacio Mártir, *Epistula ad Polycarpum* 1,3; las denominadas *Epistula Barnabae* 5,2 y *Epistula ad Diognetum* 9,2, etc.). La Iglesia lo lee completo en la liturgia del Viernes Santo.

Acerquémonos confiadamente al trono de la gracia (Hb 4,14-16)

2ª lectura

El cristiano debe poner su confianza en el nuevo Sumo Sacerdote, Cristo, que penetró en los cielos, y en su misericordia, porque se compadece de nuestras debilidades: «Los que habían creído sufrían por aquel entonces una gran tempestad de tentaciones; por eso el Apóstol los consuela, enseñando que nuestro Sumo Pontífice no sólo conoce en cuanto Dios la debilidad de nuestra naturaleza, sino que también en cuanto hombre experimentó nuestros sufrimientos, aunque estaba exento de pecado. Por conocer bien nuestra debilidad, puede concedernos la ayuda que necesitamos, y al juzgarnos dictará su sentencia teniendo en cuenta esa debilidad» (Teodoreto de Ciro,

Interpretatio ad Hebraeos, ad loc.). La respuesta frente a la bondad del Señor debe ser la de mantener nuestra profesión de fe.

La impecabilidad de Cristo, afirmada en la Sagrada Escritura (cfr Jn 8,46; Rm 8,3; 2 Co 5,21; 1 P 1,19; 2,21-24), es lógica consecuencia de su condición divina y de su integridad y santidad humana. Al mismo tiempo la debilidad de Cristo, «probado en todo» (v. 15), voluntariamente asumida por amor a los hombres, fundamenta nuestra confianza de que obtendremos de Él fuerza para resistir al pecado. **¡Qué seguridad debe producirnos la conmiseración del Señor! Clamará a mí y yo le oiré, porque soy misericordioso (Ex 22,27). Es una invitación, una promesa que no dejará de cumplir. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para que alcancemos la misericordia... (Hb 4,16). Los enemigos de nuestra santificación nada podrán, porque esa misericordia de Dios nos previene; y si —por nuestra culpa y nuestra debilidad— caemos, el Señor nos socorre y nos levanta** (S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 7).

Quien quiera ser el primero, que sea esclavo de todos (Mc 10,35-45)

Evangelio

La escena se sitúa cuando Jesús va camino de Jerusalén (v. 32). Sabe lo que va a ocurrir allí (vv. 33-34) y el sentido redentor que tiene su muerte (v. 45).

Con la imagen del cáliz y el bautismo (v. 38), evoca también lo doloroso de ese trance (cfr 14,36; Rm 6,4-5). Jesús asocia, pues, a sus discípulos en su destino particular: «Fijémonos cómo la manera de interrogar del Señor equivale a una exhortación y a un aliciente. No dice: “¿Podéis soportar la muerte? ¿Sois capaces de derramar vuestra sangre?”, sino que sus palabras son: *¿Sois capaces de beber el cáliz?* Y, para animarlos a ello, añade: *Que yo he de beber*; de este modo, la consideración de que se trata del mismo cáliz que ha de beber el Señor había de estimularlos a una respuesta más generosa. Y a su pasión le da el nombre de “bautismo”, para significar, con ello, que sus sufrimientos habían de ser causa de una gran purificación para todo el mundo. Ellos responden: *Lo somos*. El fervor de su espíritu les hace dar esta respuesta espontánea, sin saber bien lo que prometen, pero con la esperanza de que de este modo alcanzarán lo que desean» (S. Juan Crisóstomo, *In Matthaeum* 65,2).

En sus últimas palabras, el Señor recuerda que, si Él vino a servir (v. 45), es el servicio lo que caracterizará a quien haga sus veces (v. 43; cfr Jn 13,14-17): «No se mueve la Iglesia por ninguna ambición terrena, sólo pretende una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu Paráclito, la obra del mismo Cristo, que vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido» (Conc. Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 3).

Los tres anuncios que ha hecho Jesús sobre su Pasión en Jerusalén (v. 33; cfr 8,31; 9,31) presentan un mismo esquema: a la enseñanza del Señor, le sigue la resistencia a aceptarlo por parte de los discípulos y la corrección de miras por parte del Salvador. De esa manera, nosotros, como los discípulos, somos invitados a corregir continuamente nuestra visión del Señor.

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

Las pretensiones de los dos hermanos

2. Sin embargo, nada de esto podía infundirles confianza, a pesar de que estaban constantemente oyendo hablar de resurrección. Y es que, juntamente con la muerte, lo que más los turbaba era oírle hablar de escarnios, de azotes y cosas semejantes. Ahora bien, cuando consideraban

los milagros que el Señor había hecho, los endemoniados que había liberado, los muertos que había resucitado y los otros prodigios que había obrado, y le oían luego todo eso de insultos, azotes y muerte, se quedaban perplejos de que quien tales prodigios hacía, tales ignominias hubiera de sufrir. De ahí que pararan en verdadera confusión, y unas veces lo creían y otras se negaban a creerlo y no podían comprender lo que se les decía. Y hasta punto tal había llegado su confusión, que a raíz mismo de haberles hablado el Señor de su pasión, los hijos de Zebedeo se le acercaron a hablarle a Él de los primeros puestos. Porque: Queremos —le dicen— que uno de nosotros se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda —¿Cómo, pues, dice el evangelista que comentamos, que fue la madre quien se acercó al Señor a pedirlo para sus hijos —Es natural que se dieran ambas cosas. Los discípulos tomaron consigo a su madre para dar más eficacia a su pretensión y mover así más fácilmente a Cristo. Pero que en realidad, como he dicho, la pretensión venía de ellos y que sólo por vergüenza echan por delante a su madre, pruébalo el hecho de que a ellos dirige Cristo su respuesta. Pero sepamos antes qué es lo que le vienen a pedir estos dos discípulos, con qué intención lo piden y cómo pudieron tener ese pensamiento. —¿Cómo, pues, vinieron en ello? —Es que se veían más honrados que los demás, y de ahí nació su confianza de que habían de salir con aquella pretensión. —Pero ¿qué es en definitiva lo que piden?

Escuchad con qué claridad nos lo descubre otro evangelista. Como estaban —dice— cerca de Jerusalén y la aparición del reino de Dios parecía inminente, de ahí la súplica de los dos discípulos. Imaginábanse éstos, en efecto, que el reino de Dios estaba ya llamando a las puertas y que era, naturalmente, un reino terreno, y que, de alcanzar lo que pedían, no habían de sufrir molestias en su vida. Porque tampoco buscaban el reino por el reino, sino con intención de huir de las dificultades de la vida. De ahí también que el primer cuidado de Cristo es apartarlos de tales pensamientos, mandándoles estar dispuestos a sufrir la muerte violenta, los peligros y los más duros suplicios, Porque: *¿Podéis* —les dice— *beber el cáliz que yo voy he de beber?* Mas nadie se escandalice de ver tan imperfectos a los apóstoles. Todavía no se había consumado el misterio de la cruz, todavía no se les había dado la gracia del Espíritu Santo. No. Si queréis conocer su virtud, mirad lo que fueron después, y los veréis por encima de toda pasión. Y si el evangelista descubre sus defectos, es justamente por que conozcáis qué tales fueron después de recibida la gracia. Porque que nada espiritual buscaban antes y que no tenían ni idea, del reino del cielo, bien patente queda en esta ocasión. Mas veamos cómo se acercan al Señor y qué le piden: — *Queremos dicen — que nos concedas lo que te vamos a pedir.* Y Cristo a ellos: *¿Qué queréis?* —les pregunta—. No porque ignorara lo que querían, sino para obligarles a contestar y descubrir su propia llaga, y aplicarles así la medicina. Mas ellos, confusos y avergonzados por haber dado aquel paso llevados de pasión humana, tomaron al Señor aparte de los otros discípulos y así le presentaron su demanda. Porque *se adelantaron* —dice el evangelista— sin duda para no ser vistos de los otros, y así le manifestaron lo que querían. Y querían, según yo creo, la preminencia, por haber oído decir al Señor: *Os sentaréis sobre doce tronos;* querían, digo, la preferencia entre aquellos doce asientos. Que la tenían ya sobre los otros, no les cabía duda; pero temían a Pedro. Y así dicen: *Di que uno de nosotros se siente a tu derecha y otro a tu izquierda.* Y le apremian con ese imperativo: *Di.* ¿Qué responde el Señor? Queriéndoles declarar que nada espiritual pedían, y que, de haber sabido lo que pedían, no se hubieran atrevido a pedir tamaña gracia, les dice: *No sabéis lo que pedís. No sabéis cuán grande, cuán admirable,* cuán por encima mismo de las potestades celestes está lo que pedís. Y luego añade: *¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber y bañaos en el baño en que yo he de bañarme?* Mirad cómo inmediatamente los aparta de sus imaginaciones, hablándoles justamente de lo contrario que ellos buscaban. Porque vosotros —parece decirles— me venís a hablar de honores y coronas, pero yo os hablo a vosotros de combates y sudores. No es éste aún, el momento de los premios ni mi gloria celeste ha de manifestarse por ahora. Ahora es tiempo de derramar la sangre, de luchar y de pasar

peligros. Y mirad por otra parte cómo, por el modo mismo de preguntarles, los incita y atrae. Porque no dijo: “¿Estáis disueltos a dejaros pasar a cuchillo? ¿Sois capaces de derramar nuestra sangre?”, sino ¿cómo? ¿Podéis beber el cáliz? Y luego, para animarlos: ¿Que yo voy a beber? Pues el tener parte con Él había de hacerlos más animosos. Y llama nuevamente baño a su pasión para dar a entender la grande purificación que por ella había de venir al mundo entero. Seguidamente le contestan: Podemos. Su fervor les impulsa a prometérselo inmediatamente, sin saber tampoco ahora lo que decían, pero con la esperanza de que recibirían lo que pedían. ¿Qué les dice, pues, Cristo? Mi cáliz, sí, lo beberéis, y con el baño que he de bañarme yo, os bañaréis también vosotros. Grandes bienes les profetiza. Como si les dijera: Seréis dignos de sufrir el martirio, sufriréis lo mismo que yo he de sufrir, terminaréis vuestra vida de muerte violenta, y en eso tendréis parte conmigo. Mas el sentaros a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí dároslo, sino a quienes está preparado por mi Padre.

Si puede alguien sentarse a la derecha del Señor

3. Habiendo, pues, levantado el Señor las almas de sus doce discípulos, y ya que los hubo, hecho inatacables a la tristeza, pasa luego a corregir su petición. Pero ¿qué es en definitiva lo que aquí les dice? A la verdad, dos son los problemas que aquí se plantean muchos: uno, si está reservado para algunos sentarse a la derecha de Dios; y otro, si quien es Señor de todo no tiene poder de darlo a quienes les está reservado. ¿Cuál es, pues, el sentido de sus palabras? Si resolvemos el primer problema, el segundo quedará de suyo claro. ¿Qué hay, pues, que decir a la primera cuestión? Hay que decir que nadie ha de sentarse ni a la derecha ni a la izquierda de Dios. Aquel trono es inaccesible a todos. Y no digo a los hombres, a los santos y apóstoles, sino a los mismos ángeles y arcángeles ya todas las potestades de arriba. Por lo menos como privilegio del Unigénito lo pone Pablo cuando dice: *¿A quién de los ángeles dijo nunca: Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies? Y a los ángeles dice: El que hace mensajeros suyos a los vientos. Más al Hijo: Tu trono, ¡oh Dios!, por el siglo del siglo. ¿Cómo dice, pues, Jesús: El sentarse a la derecha o a la izquierda no me toca a mí dárselo? ¿Es que pensaba que algunos habían de sentarse? — No pensaba que hubiera de sentarse nadie; nada de eso. Lo que hacía era responder conforme a la idea que tenían sus preguntantes y condescender con su flaqueza. ¿Qué sabían sus discípulos de aquel altísimo trono ni de sentarse a la diestra del Padre, cuando desconocían cosas muy inferiores a ésta y que estaban oyendo diariamente? Lo que ellos buscaban era conseguir los primeros puestos, estar delante de los otros, no tener delante de sí a nadie al lado del Señor. Ya lo he indicado antes: Como habían oído hablar de aquellos doce tronos, sin saber lo que tales tronos significaban, buscaron ellos la preferencia de asientos.*

Lo que Cristo, pues, les quiere decir es esto: “Morir, ciertamente moriréis por mí, derramaréis vuestra sangre por el Evangelio y tendréis parte en mi pasión. Pero esto no basta para que alcancéis la preminencia en los asientos y ocupéis los primeros puestos. Porque, si viniere otro que, juntamente con el martirio, posea todas las otras virtudes en grado superior a vosotros, no porque ahora os amo a vosotros y os prefiero a los demás, voy, a rechazar al que pregonan sus obras y daros a vosotros la primacía”. Claro que el Señor no les habló en estos términos para no contristarlos; pero veladamente les vino a dar a entender eso mismo al decirles: *Mi cáliz, sí, lo beberéis, y con el baño que he de bañarme yo, también os bañaréis vosotros; mas sentarse a mi derecha o mi izquierda, no me toca a mí dárselo, sino que pertenece a quienes está preparado por mi Padre. — ¿Y para quiénes está preparado? — Para quienes por sus obras han sido capaces de hacerse gloriosos. Por eso no dijo: “No me toca a mí dárselo, sino a mi Padre”, pues pudieran echarle en cara debilidad e impotencia para recompensar a sus servidores. — ¿Pues cómo dijo? — No es cosa mía, sino de aquellos para quienes está preparado. A fin de que resulte más claro mi pensamiento, pongamos un ejemplo y supongamos*

un *agonoteta* y luego un buen número de valientes atletas que bajan a la palestra. Dos de ellos, íntimos amigos del agonoteta, acercan y le dicen, confiando precisamente en su amistad y benevolencia: “Haz que a todo trance se nos corone y proclame campeones”. El agonoteta les contestaría: “No me toca a mi dar eso, sino que pertenece a quienes se lo ganen por sus esfuerzos y sudores”. ¿Tendríamos en este caso por débil el agonoteta? ¡De ninguna manera! Más bien le alabaríamos por su espíritu de justicia y su imparcialidad. Ahora bien, como a éste no le tendríamos por impotente para dar la corona, sino por hombre que no quiere infringir la ley de los combates ni turbar el orden de la justicia; por semejante manera diría yo que Cristo dio esa respuesta a sus dos discípulos para impulsarlos por todos lados a que, después de la gracia de Dios, pusieran la confianza de su salvación y de su gloria en sus propias buenas obras. De ahí que diga: *Para quienes está preparado*. Porque ¿y si aparecen otros mejores que vosotros? ¿Y si han llevado a cabo obras mayores que las vuestras? ¿Por ventura porque seáis mis discípulos, es ello bastante razón para que consigáis los primeros puestos, si vosotros no os mostráis dignos de la elección? Porque que Él sea señor de todo, es evidente por el hecho de que Él posee todo el juicio. Y es así que a Pedro le dijo: *Yo te daré las llaves del reino de los cielos*. Y lo mismo declara Pablo cuando dice: *Ya sólo me falta la corona de justicia, que me dará el Señor, justo juez, en aquel día. Y no sólo a mí, sino a todos los que aman su aparición*. Y aparición de Cristo se llama su presente advenimiento. Ahora bien, que nadie ha de estar delante de Pablo, cosa evidente es para todo el mundo. Por lo más, si Cristo dijo todo esto con alguna oscuridad, no hay porqué maravillarse. Quería Él despachar prudentemente a sus discípulos para que no le molestaran más sin razón ni modo sobre primacías, ya que todo el asunto procedía de pasión humana, y no quería, por otra parte, contristarlos demasiado. Una y otra cosa consiguen por aquella relativa oscuridad.

Los apóstoles se enfadan

Entonces se irritaron los diez contra los dos. Entonces. ¿Cuándo? Cuando el Señor los hubo reprendido. Porque mientras la preferencia había sido decretada por Cristo, no se irritaron, y, por muy honrados que los vieran, lo aceptaban y callaban por respeto y consideración a su maestro. Quizá allá en sus adentros lo sentían, pero nada se atrevían a sacar a pública plaza.

Y cuando también de Pedro sintieron algún celillo humano, con ocasión de pagar el didracma, no se enfadaron, sino que se contentaron con preguntarle al Señor: Luego, ¿quién es el mayor en el reino de los cielos?” Mas como ahora la petición había partido de los dos discípulos, de ahí la irritación de los demás. Y ni aun ahora se irritan inmediatamente, es decir, en el momento de presentar aquéllos su petición, sino cuando Cristo los reprendió y les dijo que no habían de alcanzar los primeros puestos si no se hacían merecedores de ellos.

La imperfección de los apóstoles

4. Ya veis cuán imperfectos eran todos, lo mismo estos dos, que intentaban levantarse sobre los diez, que los diez, que envidiaban a los dos. Mas; como anteriormente dije mostrádmelos después, y veréis cuán libres están de todas estas pasiones. Escuchad, por ejemplo, cómo este mismo Juan que ahora se presentó al Señor con esas pretensiones, luego cede siempre el primer lugar a Pedro, tanto para dirigir la palabra al pueblo como para obrar milagros. Testigo el libro de los Hechos de los Apóstoles. Y no oculta sus merecimientos, sino que nos relata la confesión que hizo cuando los otros se callaron y cómo más adelante entró en el sepulcro, y en todo momento lo antepone a sí mismo. Porque, como uno y otro asistieron a la pasión del Señor, Juan abrevia su propio elogio, diciendo simplemente: *Aquel discípulo era conocido del pontífice*. En cuanto a Santiago, no sobrevivió mucho tiempo, sino que, desde los comienzos, fue tal su fervor y, dejando atrás todo lo humano, se levantó en su carrera a tan inefable altura, que fue inmediatamente

degollado. Por semejante manera, todos los otros se elevaron después a la cúspide de la virtud. Mas entonces se enfadaron. ¿Qué hace, pues, Cristo? *Llamándolos a sí, les dice: Los gobernantes de las naciones dominan sobre ellas.* Como los diez se habían alborotado y turbado, el Señor trata de calmarlos por el hecho mismo de llamarlos antes de hablar y por su benignidad al tenerlos a su lado. Porque, en cuanto a los otros dos, que se habían arrancado del corro de los diez, allí estaban hablando a solas con el Señor. De ahí que llame a los otros cerca de sí, y por este gesto de su bondad, por el hecho de desacreditar la pretensión de los dos y exponerla ante los demás, trata de calmar la pasión de unos y de otros.

Mas en el caso presente no reprime el Señor el orgullo de los discípulos del modo que lo hiciera antes. Antes les había puesto en medio un niño chiquito y les mandó imitar su sencillez y humildad. Ahora su reprensión es más enérgica, y, poniéndoles delante lo contrario, de lo que deben ellos hacer, les dice: *Los gobernantes de las naciones dominan sobre ellas y los grandes les hacen sentir su autoridad. Mas entre vosotros no ha de ser así, sino quien quiera entre vosotros ser grande, ése ha de ser el servidor de todos, y el que quiera ser el primero, sea el último de todos.* Lo cual era darles bien claro a entender que pretender primacías era cosa de gentiles. Realmente, la pasión es muy tiránica y molesta aun a los grandes varones. De ahí la necesidad de asestarle más duro golpe. De ahí también que el Señor los hiera más en lo vivo, confundiendo la hinchazón de su alma por la comparación con los gentiles, y así corta la envidia de los unos y la ambición de los otros poco menos que diciéndoles: No os molestéis como injuriados. A sí mismos más que a nadie se dañan y deshonoran los que andan ambicionando primeros puestos, ya que por ello se ponen entre los últimos. Porque no pasa entre nosotros como entre los gentiles. Los gobernantes de los gentiles, sí, dominan sobre ellos; pero conmigo, el que se haga el último, ése es el primero. Y que esto no lo digo sin razón, en lo que hago y sufro tenéis la prueba. Porque yo he hecho algo más. Siendo rey de las potestades de arriba, quise hacerme hombre y acepté ser despreciado e injuriado; y no me contenté con esto, sino que llegué hasta la muerte. Que es lo que ahora dice: *Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate de muchos.* Porque no me detuve — parece decir — en eso, sino que di también mi vida en rescate... — ¿De quiénes? ¡De mis enemigos! Si tú te humillas, por ti mismo te humillas; pero si me humillo yo, me humillo por ti. No temas, pues, como si te quitaran tu honra. Por mucho que te humilles, jamás podrás llegar tan bajo como llegó tu Señor. Sin embargo, este abajamiento fue la exaltación de todos, a par que hizo brillar la propia gloria del Señor. En efecto, antes de hacerse hombre sólo es conocido de los ángeles; mas después que se hizo hombre, no sólo no disminuyó aquella gloria, sino que añadió otra, la que le vino del conocimiento de toda la tierra. No temas, pues, como si al humillarte se te quitara la honra, pues con ello no haces sino levantar más tu gloria, con ello no haces sino acrecentada. La humildad es la puerta del reino de los cielos. No echemos, pues, por el camino contrario, no nos hagamos la guerra a nosotros mismos. Porque, si queremos aparecer como grandes, no seremos grandes, sino los más despreciados de todos. ¿Veis cómo siempre los exhorta por lo contrario, dándoles lo que desean? En muchos casos hemos mostrado anteriormente este modo de proceder del Señor: así lo hizo con los amantes del dinero y “los vanidosos”. Porque ¿qué razón te mueve a dar limosna delante de los hombres? ¿Para conseguir gloria? Pues no lo hagas así y la conseguirás absolutamente. ¿Y por qué razón atesoras? ¿Para enriquecerte? Pues no atesores y te enriquecerás absolutamente. Así procede también aquí. ¿Por qué ambicionas los primeros puestos? ¿Para estar por encima de los demás? Pues escoge el último lugar, y entonces obtendrás el primero. En conclusión, si quieres ser grande, no busques ser grande, y entonces serás grande. Porque lo otro es ser pequeño.

El orgullo abaja, la humildad exalta

5. Mirad cómo los apartó de su vicio, queriéndoles mostrar que por la soberbia iban al fracaso, y por la humildad al triunfo, a fin de que huyeran de la una y siguieran la otra. Y si les hizo mención de los gentiles, fue para mostrarles de ese modo cuán reprobable y abominable era la ambición de preeminencias y de mando. Porque forzoso es que el orgulloso esté bajo, y, por lo contrario, el humilde, alto. Y esta altura del humilde es la verdadera y legítima, ya que no se cifra en un puro nombre y palabras. La elevación mundana procede de necesidad y miedo; la nuestra, empero, se asemeja a la elevación misma de Dios. El humilde, aun cuando de nadie sea admirado, permanece elevado; el soberbio, empero, por más que todos le halaguen, sigue más bajo que nadie. Además, el honor tributado al orgulloso procede de fuerza; de ahí la facilidad con que se desvanece; mas el del humilde es libre y, por ende, también firme. Así admiramos a los santos; pues, siendo superiores a todos, se humillaron más que todos. De ahí que hasta hoy permanecen elevados y ni la muerte los pudo hacer bajar de su altura. Mas, si os place, examinemos esto mismo por razonamiento. Alto se dice uno cuando lo es o por su talla o cuando se halla colocado sobre un lugar prominente; y bajo, en los casos contrarios. Veamos, pues, quién es lo uno o lo otro, el arrogante o el modesto, a fin de que caigas en la cuenta de cómo nada hay tan alto como la humildad, ni más a ras de tierra que la arrogancia. Ahora bien, el arrogante quiere ser más que todos los otros, no tiene a nadie por digno de sí mismo; cuantos más honores alcanza, más ambiciona y pretende, y piensa no haber alcanzado ninguno, desprecia a los hombres y se perece por sus honras. ¿Puede haber nada más insensato? La cosa parece realmente un enigma. A los mismos que tiene por nada, de éstos pretende ser glorificado. ¿Veis cómo el que quiere exaltarse cae y se arrastra por tierra? Porque, que el arrogante tiene a todos los hombres por nada comparados consigo mismo, él mismo lo afirma y en eso cabalmente consiste la arrogancia. ¿A qué corres entonces tras el que no es nada? ¿A qué buscas honor de él? ¿A qué andas rodeado de tanta muchedumbre de gentes? ¿Veis cómo el soberbio es bajo y está en lo bajo? Pues, ea, examinemos al humilde, al de verdad alto. Éste sabe lo que es el hombre, cuán grande cosa es el hombre. Y como a sí mismo se tiene por el último de todos, de ahí que cualquier honor que se le tribute lo tiene por cosa grande. De suerte que sólo el humilde es consecuente consigo mismo, y está elevado, y no cambia de parecer. Puesto que tiene a los hombres por grandes, cree que sus honras, por pequeñas que sean, son también grandes, desde el momento que considera a aquéllos por grandes. El arrogante, en cambio, tiene por nada a quienes le honran, pero sentencia que sus honras son grandes. Además, el humilde no es presa de pasión alguna: ni la ira, ni la vanagloria, ni la envidia, ni los celos podrán molestarle, ¿Y qué puede haber más elevado que un alma exenta de estas pasiones? El soberbio, empero, por todas estas pasiones se ve dominado, como un vil gusano que se revuelve entre el barro. Y, en efecto, los celos, la envidia, la ira, están constantemente atormentan o a su alma. ¿Quién está, pues, más alto: el que está por encima de sus pasiones o el que es esclavo de ellas? ¿El que teme y tiembla ante ellas o el que es a ellas inatacable y jamás puede ser por ellas dominado? ¿Qué ave diríamos que vuela más alta que va muy por encima de las manos y trampas del cazador la que cae en manos de éste sin necesidad de trampa alguna, por no poder volar ni remontarse por los aires? Tal es el orgulloso. Cualquier lazo le coge fácilmente, pues va siempre arrastrándose por el suelo.

Prosigue el ataque contra el soberbio

6. Mas, si os place, examinad lo que decimos por aquel malvado demonio. ¿Qué puede, en efecto, haber de más bajo que el diablo después que quiso exaltarse? ¿Qué de más alto que el hombre apenas quiere humillarse? El diablo se arrastra por el suelo, puesto debajo de nuestro talón. Porque: *Caminad* —dice el Señor— *por encima de serpientes y escorpiones*. El hombre humilde, en cambio, está arriba entre los ángeles. Mas si eso mismo lo queréis saber por los hombres soberbios, considerad aquel bárbaro que trajo consigo tan enorme ejército y que no sabía lo que es evidente a

todo el mundo, por ejemplo, que una piedra es sólo una piedra, y los ídolos, ídolos. De ahí que se hallaba más bajo que piedras e ídolos. Mas los piadosos y creyentes se lanzan más allá del mismo sol. ¿Cabe elevación mayor? Pues ellos pasan todavía las bóvedas del cielo y, dejando atrás a los ángeles, se presentan ante el mismo trono regio de Dios. Por otro lado, podéis daros cuenta del poco valor de un soberbio. ¿Quién es natural que esté bajo: aquel a quien Dios ayuda o aquel a quien Dios hace la guerra? Pues oíd ahora lo, que dice la Escritura acerca de los humildes y soberbios: Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes 19. Y todavía quiero haceros otra pregunta: ¿Quién estará más alto: el que ofrece sacrificio y ofrenda a Dios o el que está lejos de toda confianza en Él? — ¿Y qué sacrificio —me dirás— ofrece el humilde? —Oye a David, que dice: Sacrificio es para Dios un espíritu contrito. Dios no despreciará un corazón contrito y humillado ¿Veis la pureza del humilde? Pues mirad también la impureza del soberbio. Porque: Impuro es—dice la Escritura— delante de Dios todo altanero de corazón. Aparte de eso, sobre el humilde descansa Dios: ¿Sobre quién fijaré mi mirada sino sobre el manso y tranquilo y que tiembla de mis palabras? Más el orgulloso es arrastrado juntamente con el diablo, cuyos tormentos tendrá también que sufrir. De ahí que el mismo Pablo dijera: No sea que, hinchado de orgullo, caiga en la condenación del diablo. Por otra parte, al soberbio le sucede lo contrario de lo que quiere. Quiere, en efecto, ser orgulloso para ser honrado, y con ello no consigue sino hacerse el más vilipendiado de todos. Porque nadie tan ridículo como el soberbio, nadie tan aborrecido y enemigo de todo el mundo, tan fácil presa de sus contrarios, tan pronto para la ira, tan impuro delante de Dios. ¿Qué puede, pues, haber peor que eso? Ése es, en efecto, el límite del mal. Mas ¿qué hay más agradable, qué cosa hay más feliz que un hombre humilde? Los humildes son los queridos y predilectos de Dios, ellos gozan del honor de los hombres, a ellos los estiman como a padres, los saludan como a hermanos y los aman como miembros propios.

Exhortación final: Seamos humildes para ser exaltados

Seamos, pues, humildes para ser exaltados. A la verdad, Nada hay que tan profundamente nos abaje como la soberbia. Esta fue la que hundió a Faraón. Porque: *No sé* —dice— *quién Es el Señor*. Y, por haber hablado así, vino a ser más vil que las moscas, las ranas y las orugas, y, después de eso, fue hundido en el mar con sus carros y caballos. Lo contrario de Faraón fue Abrahán: *Yo soy* —dice— *polvo y ceniza*; y por esa humildad venció a infinitos bárbaros y, después de caer en medio de Egipto, logró salir de allí con más brillante trofeo de gloria que antes y, abrazado siempre con esa virtud, cada día se hizo más glorioso. Por eso es su nombre celebrado por todas partes, por eso se le corona y proclama; Faraón, en cambio, sólo es ya polvo y ceniza o cualquier cosa más vil que el polvo y la ceniza. Porque nada aborrece Dios tanto como la soberbia. De ahí que desde el principio no dejó Él piedra por mover para arrancar y destruir esta pasión. Por ella nacimos mortales, entre dolores y lamentos. Por ella nos hallamos en trabajo, en sudor y en fatiga continua y desastrada. Porque por soberbia pecó el primer hombre, al pretender hacerse igual a Dios. Por eso no conservó ni lo que tenía, sino aun eso lo perdió. Tal es, en efecto, la soberbia. No sólo no añade nada bueno a nuestra vida, sino que nos daña en lo que tenemos. Al revés de la humildad, que no sólo no nos daría en lo que tenemos, sino que nos añade lo que no teníamos. La humildad, pues, emulemos, la humildad sigamos, a fin de gozar de la presente vida y alcanzar la eterna gloria, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre gloria y poder, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

(Homilías sobre San Mateo, Homilía 65, Ed. BAC, Madrid, 1966, pp. 338-354)

FRANCISCO – Homilías en Santa Marta y Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones

Por el camino de Jesús

27 de septiembre de 2013

(...) Quien de nosotros –siguió explicando el Pontífice– “en su oración mirando el sagrario dice al Señor: tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo”, debe saber dos cosas. La primera es que “no puede decirlo solo: debe ser el Espíritu Santo quien lo diga en él”. La segunda es que debe prepararse “porque Él te responderá”.

El Santo Padre se detuvo entonces a describir las diversas actitudes que un cristiano puede asumir: quien le siga hasta cierto punto, quien sin embargo le siga hasta el fondo. El peligro que se corre –advirtió– es el de ceder “a la tentación del bienestar espiritual”, o sea, de pensar que tenemos todo: la Iglesia, Jesucristo, los sacramentos, la Virgen, y por lo tanto no debemos buscar ya nada. Si pensamos así “somos buenos, todos, porque al menos debemos pensar esto; si pensamos lo contrario es pecado”. Pero esto “no basta. El bienestar espiritual –apuntó el Papa– es hasta cierto punto”. Lo que falta para ser cristiano de verdad es “la unción de la cruz, la unción de la humillación. Él se humilló hasta la muerte, y una muerte de cruz. Éste es el punto de comparación, la verificación de nuestra realidad cristiana. ¿Soy un cristiano de cultura del bienestar o soy un cristiano que acompaña al Señor hasta la cruz?”. Para entender si somos los que acompañan a Jesús hasta la cruz la señal adecuada “es la capacidad de soportar las humillaciones. El cristiano que no está de acuerdo con este programa del Señor es un cristiano a medio camino: un tibio. Es bueno, hace cosas buenas”, pero sigue sin soportar las humillaciones y preguntándose: “¿por qué a éste sí y a mí no? La humillación yo no. ¿Y por qué sucede esto y a mí no? ¿Y por qué a éste le hacen monseñor y a mí no?”.

“Pensemos en Santiago y Juan –continuó– cuando pedían al Señor el favor de las honorificencias. No sabéis, no entendéis nada, les dice el Señor. La elección es clara: el Hijo del hombre debe sufrir mucho, ser rechazado por los ancianos, por los sumos sacerdotes y por los escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día”.

“¿Y todos nosotros? Queremos que se realice el final de este párrafo. Todos queremos resucitar al tercer día. Es bueno, es bueno, debemos querer esto”. Pero no todos –dijo el Papa– para alcanzar el objetivo están dispuestos a seguir este camino, el camino de Jesús: consideran que es un escándalo si se les hace algo que piensan que es un error, y se lamentan de ello. Así que la señal para entender “si un cristiano es un cristiano de verdad” es “su capacidad de llevar con alegría y con paciencia las humillaciones”. Esto es “algo que no gusta”, subrayó finalmente el Papa Francisco; y, sin embargo, “hay muchos cristianos que, contemplando al Señor, piden humillaciones para asemejarse más a Él”.

Nada de pereza

11 de noviembre de 2014

(...) Existe también, continuó el Papa, otra “ocasión que aleja de la actitud de servicio”, y es la de “adueñarse de las situaciones”. Es lo que les sucedió a los apóstoles, que alejaban a las personas “para que no molestasen a Jesús”, pero en realidad también “por ser cómodo para ellos”: es decir, “se adueñaban del tiempo del Señor, se adueñaban del poder del Señor: lo querían para su grupito”. En realidad, “se adueñaban de esa actitud de servicio, transformándolo en una estructura de poder”. Así, comentó el Pontífice, “se explica cuando entre ellos discutían acerca de quién era el más grande”; y “se comprende cuando la madre de Santiago y Juan va a pedir al Señor que uno de sus hijos sea el

primer ministro y el otro el ministro de economía”. Lo mismo sucede a los cristianos que, “en lugar de servidores”, se convierten en “dueños: dueños de la fe, dueños del reino, dueños de la salvación. Esto sucede, es una tentación para todos los cristianos”.

El Señor, en cambio, nos habla de “servicio en humildad”. Como lo hizo “Él, que siendo Dios se humilló a sí mismo, se abajó, se anonadó: para servir. Es servicio en la esperanza, y esta es la alegría del servicio cristiano”, que vive, como escribe san Pablo a Tito, “aguardando la dicha que esperamos y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo”. El Señor “llamará a la puerta” y “vendrá a nuestro encuentro” en ese momento, dijo el Papa; y expresó un deseo: “Por favor, que nos encuentre con esta actitud de servicio”.

Cierto, en la vida “debemos luchar mucho contra las tentaciones que tratan de alejarnos” de esta disposición: la pereza que “lleva a la comodidad” y hace prestar un “servicio por la mitad”; y la tentación de “adueñarnos de la situación”, que “lleva a la soberbia, al orgullo, a tratar mal a la gente, a sentirse importantes “porque soy cristiano, tengo la salvación”“. Que el Señor, concluyó el Pontífice, “nos dé estas dos grandes gracias: la humildad en el servicio, con el fin de poder decir: somos siervos inútiles”, y “la esperanza al aguardar la manifestación” del Señor que “vendrá a nuestro encuentro”.

El salario de Jesús

26 de mayo de 2015

El salario del cristiano es asemejarse a Jesús: no hay una recompensa en dinero o en poder para quien sigue de verdad al Señor, porque el camino es sólo el del servicio y en la gratuidad. Buscando en cambio un buen negocio mundano, con la riqueza, la vanidad y el orgullo, se nos sube a la cabeza y se produce también un contra-testimonio en la Iglesia. De esta tentación puso en guardia el Papa durante la misa que celebró el martes 26 de mayo.

El diálogo entre Pedro y Jesús inspiró la meditación del Pontífice, que partió precisamente del pasaje evangélico de san Marcos (Mc 10, 28-31) propuesto por la liturgia del día. Un diálogo, explicó, que tiene lugar tras el encuentro con el joven que quería seguir a Jesús: era bueno, Jesús lo amó, como relata el Evangelio. Pero el Señor le dijo que le faltaba una cosa: vender todo lo que tenía para darlo a los pobres: “tendrás un tesoro en el cielo”. Pero ante estas palabras -afirmó el Papa- el joven frunció el ceño y se marchó triste.

Así, pues, Jesús retomó el discurso y dijo a los discípulos: “¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!”. Y los discípulos quedaron desconcertados por sus palabras. Pero Jesús retomó el discurso y les dijo: “Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios. Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios”.

Y he aquí el pasaje evangélico de la liturgia, con Pedro que asegura a Jesús: Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. Como si dijese: Y a nosotros, ¿qué? ¿Cuál será nuestro salario? Lo hemos dejado todo. En pocas palabras, los ricos que no han dejado nada -el joven que no quería dejar sus riquezas- no entrarán en el reino de Dios, y para nosotros ¿cuál será la ganancia?.

La cuestión, destacó el Papa Francisco, es que los discípulos entendían a Jesús a medias, porque el conocimiento de Jesús, plenamente, tiene lugar con la venida del Espíritu Santo. Y, en efecto, Jesús les responde: En verdad os digo que quien deje casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más, con

persecuciones. En realidad, Jesús responde indicando otra dirección y no promete las mismas riquezas que tenía el joven. Precisamente el hecho de tener muchos hermanos, hermanas, madres, padres, bienes es la herencia del reino, pero con la persecución, con la cruz. Y esto cambia.

He aquí porqué, explicó el Papa, cuando un cristiano está apegado a los bienes, hace el mal papel de un cristiano que quiere tener dos cosas: el cielo y la tierra. Y el punto de confrontación es precisamente lo que dice Jesús: la cruz, las persecuciones, quiere decir negarse a sí mismo, sufrir la cruz cada día.

Por su parte, los discípulos tenían esta tentación: seguir a Jesús, ¿pero cuál será el final de este buen negocio? Y, añadió el Pontífice, pensemos en la madre de Santiago y Juan cuando pidió a Jesús un sitio para sus hijos: “Ah, a este nómbralo primer ministro y a este ministro de economía”. Era el interés mundano en el seguimiento de Jesús: pero luego el corazón de estos discípulos fue purificado, purificado, purificado hasta Pentecostés, cuando lo comprendieron todo.

La gratuidad en el seguimiento de Jesús es la respuesta a la gratuidad del amor y salvación que nos da Él, recordó el Papa. Cuando se quiere estar con Jesús y con el mundo, con la pobreza y con la riqueza, surge un cristianismo a medias, que busca la ganancia material: es el espíritu de la mundanidad. Y ese cristiano, decía el profeta Elías, “cojea con ambas piernas”, pues no sabe lo que quiere.

Así, sugirió el Papa Francisco, la clave para comprender este discurso de Jesús -cien veces más, pero con la cruz- es la última expresión: “Muchos primeros serán últimos, y muchos últimos serán primeros”. Y esto es lo que dice del servicio: “Quien se cree o quien es el más grande entre vosotros, que sea servidor: el más pequeño. No por casualidad, recordó el Papa, al decir estas palabras Jesús tomó un niño y lo mostró.

Seguir a Jesús desde el punto de vista humano no es un buen negocio: se trata de servir, insistió el Pontífice. Por lo demás, es exactamente lo que hizo Él: y si el Señor te da la posibilidad de ser el primero, tú debes comportarte como el último, es decir, con actitud de servicio. Y si el Señor te da la posibilidad de tener bienes, te debes comportar con actitud de servicio, es decir, para los demás.

Son tres cosas, tres escalones, los que nos alejan de Jesús: las riquezas, la vanidad y el orgullo, afirmó el Papa. Por ello -explicó- las riquezas son tan peligrosas: te llevan inmediatamente a la vanidad y te crees importante; pero cuando te crees importante, se te sube a la cabeza y te pierdes. Es por ello que Jesús nos recuerda el camino: Muchos primeros serán últimos, y muchos últimos serán primeros, y quien es el primero entre vosotros que sea el servidor de todos. Es un camino de abajamiento, el mismo camino recorrido por Él.

A Jesús este trabajo de catequesis a los discípulos le costó mucho, mucho tiempo porque no entendían bien. Así hoy, recomendó el Papa Francisco, también nosotros tenemos que pedir a Él que nos enseñe este camino, esta ciencia del servicio, esta ciencia de la humildad, esta ciencia de ser los últimos para servir a los hermanos y a las hermanas de la Iglesia.

Para el Pontífice no es algo bueno ver a un cristiano -laico, consagrado, sacerdote, obispo- que quiera las dos cosas: seguir a Jesús y los bienes, seguir a Jesús y la mundanidad. Es un contra-testimonio que aleja a la gente de Jesús. Antes de continuar con la celebración de la Eucaristía, el Papa invitó a pensar de nuevo en la pregunta de Pedro: Lo hemos dejado todo, ¿cómo nos pagarás?. Y a tener bien presente la respuesta de Jesús, porque el precio que Él nos dará será asemejarnos a Él: este será el “salario”. Y asemejarse a Jesús, concluyó, es un gran salario.

MENSAJE PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2015

«Las personas consagradas están llamadas a promover, en el servicio de la misión, la presencia de los fieles laicos»

Queridos hermanos y hermanas:

La Jornada Mundial de las Misiones 2015 tiene lugar en el contexto del Año de la Vida Consagrada, y recibe de ello un estímulo para la oración y la reflexión. De hecho, si todo bautizado está llamado a dar testimonio del Señor Jesús proclamando la fe que ha recibido como un don, esto es particularmente válido para la persona consagrada, porque entre la *vida consagrada* y la *misión* subsiste un fuerte vínculo. El seguimiento de Jesús, que ha dado lugar a la aparición de la vida consagrada en la Iglesia, responde a la llamada a tomar la cruz e ir tras él, a imitar su dedicación al Padre y sus gestos de servicio y de amor, a perder la vida para encontrarla. Y dado que toda la existencia de Cristo tiene un carácter misionero, los hombres y las mujeres que le siguen más de cerca asumen plenamente este mismo carácter.

La dimensión misionera, al pertenecer a la naturaleza misma de la Iglesia, es también *intrínseca a toda forma de vida consagrada*, y no puede ser descuidada sin que deje un vacío que desfigure el carisma. La misión no es proselitismo o mera estrategia; la misión es parte de la “gramática” de la fe, es algo imprescindible para aquellos que escuchan la voz del Espíritu que susurra “ven” y “ve”. Quién sigue a Cristo se convierte necesariamente en misionero, y sabe que Jesús «camina con él, habla con él, respira con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 266).

La misión es una *pasión por Jesús* pero, al mismo tiempo, es una *pasión por su pueblo*. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene; y en ese mismo momento percibimos que ese amor, que nace de su corazón traspasado, se extiende a todo el pueblo de Dios y a la humanidad entera. Así redescubrimos que él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado (cf. *ibíd.*, 268) y de todos aquellos que lo buscan con corazón sincero. En el mandato de Jesús: “id” están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia. En ella todos están llamados a anunciar el Evangelio a través del testimonio de la vida; y de forma especial se pide a los consagrados que escuchen la voz del Espíritu, que los llama a ir a las grandes periferias de la misión, entre las personas a las que aún no ha llegado el Evangelio.

El quincuagésimo aniversario del Decreto conciliar *Ad gentes* nos invita a releer y meditar este documento que suscitó un *fuerte impulso misionero en los Institutos de Vida Consagrada*. En las comunidades contemplativas retomó luz y elocuencia la figura de santa Teresa del Niño Jesús, patrona de las misiones, como inspiradora del vínculo íntimo de la vida contemplativa con la misión. Para muchas congregaciones religiosas de vida activa el anhelo misionero que surgió del Concilio Vaticano II se puso en marcha con una apertura extraordinaria a la misión *ad gentes*, a menudo acompañada por la acogida de hermanos y hermanas provenientes de tierras y culturas encontradas durante la evangelización, por lo que hoy en día se puede hablar de una interculturalidad generalizada en la vida consagrada. Precisamente por esta razón, es urgente volver a proponer el ideal de la misión en su centro: Jesucristo, y en su exigencia: la donación total de sí mismo a la proclamación del Evangelio. No puede haber ninguna concesión sobre esto: *quién, por la gracia de Dios, recibe la misión, está llamado a vivir la misión*. Para estas personas, el anuncio de Cristo, en las diversas periferias del mundo, se convierte en la manera de vivir el seguimiento de él y recompensa los muchos esfuerzos y privaciones. Cualquier tendencia a desviarse de esta vocación,

aunque sea acompañada por nobles motivos relacionados con las muchas necesidades pastorales, eclesiales o humanitarias, no está en consonancia con el llamamiento personal del Señor al servicio del Evangelio. En los *Institutos misioneros* los formadores están llamados tanto a indicar clara y honestamente esta perspectiva de vida y de acción como a actuar con autoridad en el discernimiento de las vocaciones misioneras auténticas. Me dirijo especialmente *a los jóvenes*, que siguen siendo capaces de dar testimonios valientes y de realizar hazañas generosas a veces contra corriente: *no dejéis que os roben el sueño de una misión auténtica*, de un seguimiento de Jesús que implique la donación total de sí mismo. En el secreto de vuestra conciencia, preguntaos cuál es la razón por la que habéis elegido la vida religiosa misionera y medid la disposición a aceptarla por lo que es: un don de amor al servicio del anuncio del Evangelio, recordando que, antes de ser una necesidad para aquellos que no lo conocen, el anuncio del Evangelio es una necesidad para los que aman al Maestro.

Hoy, la misión se enfrenta al reto de respetar la necesidad de todos los pueblos de *partir de sus propias raíces y de salvaguardar los valores de las respectivas culturas*. Se trata de conocer y respetar otras tradiciones y sistemas filosóficos, y reconocer a cada pueblo y cultura el derecho de hacerse ayudar por su propia tradición en la inteligencia del misterio de Dios y en la acogida del Evangelio de Jesús, que es luz para las culturas y fuerza transformadora de las mismas.

Dentro de esta compleja dinámica, nos preguntamos: “¿Quiénes son los destinatarios privilegiados del anuncio evangélico?” La respuesta es clara y la encontramos en el mismo Evangelio: los pobres, los pequeños, los enfermos, aquellos que a menudo son despreciados y olvidados, aquellos que no tienen como pagarte (cf. *Lc 14,13-14*). La evangelización, dirigida preferentemente a ellos, es signo del Reino que Jesús ha venido a traer: «Existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 48). Esto debe estar claro especialmente para las personas que abrazan la vida consagrada misionera: con el voto de pobreza se escoge seguir a Cristo en esta preferencia suya, no ideológicamente, sino como él, identificándose con los pobres, viviendo como ellos en la precariedad de la vida cotidiana y en la renuncia de todo poder para convertirse en hermanos y hermanas de los últimos, llevándoles el testimonio de la alegría del Evangelio y la expresión de la caridad de Dios.

Para vivir el testimonio cristiano y los signos del amor del Padre entre los pequeños y los pobres, las personas consagradas están llamadas a promover, en el servicio de la misión, *la presencia de los fieles laicos*. Ya el Concilio Ecuménico Vaticano II afirmaba: «Los laicos cooperan a la obra de evangelización de la Iglesia y participan de su misión salvífica a la vez como testigos y como instrumentos vivos» (*Ad gentes*, 41). Es necesario que los misioneros consagrados se abran cada vez con mayor valentía a aquellos que están dispuestos a colaborar con ellos, aunque sea por un tiempo limitado, para una experiencia sobre el terreno. Son hermanos y hermanas que quieren *compartir la vocación misionera inherente al Bautismo*. Las casas y las estructuras de las misiones son lugares naturales para su acogida y su apoyo humano, espiritual y apostólico.

Las Instituciones y Obras misioneras de la Iglesia están totalmente al servicio de los que no conocen el Evangelio de Jesús. Para lograr eficazmente este objetivo, estas necesitan los carismas y el compromiso misionero de los consagrados, pero también, los consagrados, necesitan una estructura de servicio, expresión de la preocupación del Obispo de Roma para asegurar la *koinonía*, de forma que la colaboración y la sinergia sean una parte integral del testimonio misionero. Jesús ha puesto la unidad de los discípulos, como condición para que el mundo crea (cf. *Jn 17,21*). Esta convergencia no equivale a una sumisión jurídico-organizativa a organizaciones institucionales, o a una mortificación de la fantasía del Espíritu que suscita la diversidad, sino que significa dar más

eficacia al mensaje del Evangelio y promover aquella unidad de propósito que es también fruto del Espíritu.

La Obra Misionera del Sucesor de Pedro tiene un *horizonte apostólico universal*. Por ello también necesita de los *múltiples carismas de la vida consagrada*, para abordar al vasto horizonte de la evangelización y para poder garantizar una adecuada presencia en las fronteras y territorios alcanzados.

Queridos hermanos y hermanas, la pasión del misionero es el Evangelio. San Pablo podía afirmar: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Cor 9,16). El Evangelio es fuente de alegría, de liberación y de salvación para todos los hombres. La Iglesia es consciente de este don, por lo tanto, no se cansa de proclamar sin cesar a todos «lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos» (1 Jn 1,1). La misión de los servidores de la Palabra - obispos, sacerdotes, religiosos y laico- es la de poner a todos, sin excepción, en una relación personal con Cristo. En el inmenso campo de la acción misionera de la Iglesia, todo bautizado está llamado a vivir lo mejor posible su compromiso, según su situación personal. Una respuesta generosa a esta vocación universal la pueden ofrecer los consagrados y las consagradas, a través de una intensa vida de oración y de unión con el Señor y con su sacrificio redentor.

Mientras encomiendo a María, Madre de la Iglesia y modelo misionero, a todos aquellos que, *ad gentes* o en su propio territorio, en todos los estados de vida cooperan al anuncio del Evangelio, os envío de todo corazón mi Bendición Apostólica.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2006 y 2009

2006

La misión brota del corazón

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos hoy la LXXX Jornada mundial de las misiones, instituida por el Papa Pío XI, que dio un fuerte impulso a las misiones *ad gentes* y en el jubileo de 1925 promovió una grandiosa exposición, que se transformó después en la actual Colección etnológico-misionera de los Museos vaticanos.

Este año, en el tradicional Mensaje para dicha celebración, propuse como tema: “La caridad, alma de la misión”. En efecto, la misión, si no está animada por el amor, se reduce a actividad filantrópica y social. A los cristianos, en cambio, se aplican las palabras del apóstol san Pablo: “El amor de Cristo nos apremia” (2 Co 5, 14). La misma caridad que movió al Padre a mandar a su Hijo al mundo, y al Hijo a entregarse por nosotros hasta la muerte de cruz, fue derramada por el Espíritu Santo en el corazón de los creyentes. Así, todo bautizado, como sarmiento unido a la vid, puede cooperar a la misión de Jesús, que se resume en llevar a toda persona la buena nueva de que “Dios es amor” y, precisamente por esto, quiere salvar el mundo.

La misión brota del corazón: quien se detiene a rezar ante el Crucifijo, con la mirada puesta en el costado traspasado, no puede menos de experimentar en su interior la alegría de saberse amado y el deseo de amar y de ser instrumento de misericordia y reconciliación. Así le sucedió, hace exactamente 800 años, al joven Francisco de Asís, en la iglesita de San Damián, que entonces se hallaba destruida. Francisco oyó que Jesús, desde lo alto de la cruz, conservada ahora en la basílica de Santa Clara, le decía: “Ve y repara mi casa que, como ves, está en ruinas”. Aquella “casa” era

ante todo su misma vida, que debía “reparar” mediante una verdadera conversión; era la Iglesia, no la compuesta de ladrillos, sino de personas vivas, que siempre necesita purificación; era también la humanidad entera, en la que Dios quiere habitar. La misión brota siempre de un corazón transformado por el amor de Dios, como testimonian innumerables historias de santos y mártires, que de modos diferentes han consagrado su vida al servicio del Evangelio.

La misión es, por tanto, una obra en la que hay lugar para todos: para quien se compromete a realizar en su propia familia el reino de Dios; para quien vive con espíritu cristiano su trabajo profesional; para quien se consagra totalmente al Señor; para quien sigue a Jesús, buen Pastor, en el ministerio ordenado al pueblo de Dios; para quien, de modo específico, parte para anunciar a Cristo a cuantos aún no lo conocen.

Que María santísima nos ayude a vivir con renovado impulso, cada uno en la situación en la que la Providencia lo ha puesto, la alegría y la valentía de la misión.

2009

La vocación misionera

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, tercer domingo de octubre, se celebra la Jornada mundial de las misiones, que constituye para todas las comunidades eclesiales y para cada cristiano una fuerte llamada al compromiso de anunciar y testimoniar el Evangelio a todos, en particular a los que todavía no lo conocen. En el Mensaje que escribí para esta ocasión me inspiré en una expresión del *Libro del Apocalipsis*, que a su vez se hace eco de una profecía de Isaías: “Las naciones caminarán a su luz” (Ap 21, 24). La luz de la que se habla es la de Dios, revelada por el Mesías y reflejada en el rostro de la Iglesia, representada como la nueva Jerusalén, ciudad maravillosa en la que resplandece con toda su plenitud la gloria de Dios. Es la luz del Evangelio, que orienta el camino de los pueblos y los guía hacia la formación de una gran familia, en la justicia y la paz, bajo la paternidad del único Dios bueno y misericordioso. La Iglesia existe para anunciar este mensaje de esperanza a toda la humanidad, que en nuestro tiempo “ha logrado grandes conquistas, pero parece haber perdido el sentido de las realidades últimas y de la misma existencia” (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 2).

En el mes de octubre, especialmente en este domingo, la Iglesia universal pone de relieve su vocación misionera. Guiada por el Espíritu Santo, se sabe llamada a proseguir la obra de Jesús mismo anunciando el Evangelio del reino de Dios, que “es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rm 14, 17). Este reino ya está presente en el mundo como fuerza de amor, de libertad, de solidaridad, de respeto a la dignidad de cada hombre, y la comunidad eclesial siente con fuerza en el corazón la urgencia de trabajar para que la soberanía de Cristo se realice plenamente. Todos sus miembros y articulaciones cooperan en ese proyecto, según los diversos estados de vida y los carismas.

En esta Jornada mundial de las misiones quiero recordar a los misioneros y misioneras — sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos voluntarios— que consagran su existencia a llevar el Evangelio al mundo, afrontando también incomodidades y dificultades y a veces incluso verdaderas persecuciones. Pienso, entre otros, en don Ruggero Ruvoletto, sacerdote *fidei donum*, recientemente asesinado en Brasil; en el padre Michael Sinnott, religioso, secuestrado hace pocos días en Filipinas. Y ¿cómo no pensar en lo que se está planteando en el Sínodo de los obispos para África respecto al sacrificio extremo y al amor a Cristo y a su Iglesia? Agradezco a las Obras misionales pontificias el

valioso servicio que prestan a la animación y a la formación misionera. Invito, además, a todos los cristianos a un gesto material y espiritual de compartir para ayudar a las Iglesias jóvenes de los países más pobres.

Queridos amigos, hoy, 18 de octubre, también es la fiesta de san Lucas evangelista que, además del Evangelio, escribió los *Hechos de los Apóstoles*, para narrar la expansión del mensaje cristiano hasta los confines del mundo entonces conocido. Invoquemos su intercesión, junto con la de san Francisco Javier, la de santa Teresa del Niño Jesús, patronos de las misiones, y la de la Virgen María, para que la Iglesia siga difundiendo la luz de Cristo entre todos los pueblos. Os pido, también, que recéis por la Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos, que se está celebrando estas semanas aquí, en el Vaticano.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La muerte redentora de Cristo en el designio divino de salvación

“Jesús entregado según el preciso designio de Dios”

599 La muerte violenta de Jesús no fue fruto del azar en una desgraciada constelación de circunstancias. Pertenece al misterio del designio de Dios, como lo explica S. Pedro a los judíos de Jerusalén ya en su primer discurso de Pentecostés: “fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios” (Hch 2, 23). Este lenguaje bíblico no significa que los que han “entregado a Jesús” (Hch 3, 13) fuesen solamente ejecutores pasivos de un drama escrito de antemano por Dios.

600 Para Dios todos los momentos del tiempo están presentes en su actualidad. Por tanto establece su designio eterno de “predestinación” incluyendo en él la respuesta libre de cada hombre a su gracia: “Sí, verdaderamente, se han reunido en esta ciudad contra tu santo siervo Jesús, que tú has ungido, Herodes y Poncio Pilato con las naciones gentiles y los pueblos de Israel (cf. Sal 2, 1-2), de tal suerte que ellos han cumplido todo lo que, en tu poder y tu sabiduría, habías predestinado” (Hch 4, 27-28). Dios ha permitido los actos nacidos de su ceguera (cf. Mt 26, 54; Jn 18, 36; 19, 11) para realizar su designio de salvación (cf. Hch 3, 17-18).

“Muerto por nuestros pecados según las Escrituras”

601 Este designio divino de salvación a través de la muerte del “Siervo, el Justo” (Is 53, 11; cf. Hch 3, 14) había sido anunciado antes en la Escritura como un misterio de redención universal, es decir, de rescate que libera a los hombres de la esclavitud del pecado (cf. Is 53, 11-12; Jn 8, 34-36). S. Pablo profesa en una confesión de fe que dice haber “recibido” (1 Co 15, 3) que “Cristo ha muerto por nuestros pecados según las Escrituras” (ibidem: cf. también Hch 3, 18; 7, 52; 13, 29; 26, 22-23). La muerte redentora de Jesús cumple, en particular, la profecía del Siervo doliente (cf. Is 53, 7-8 y Hch 8, 32-35). Jesús mismo presentó el sentido de su vida y de su muerte a la luz del Siervo doliente (cf. Mt 20, 28). Después de su Resurrección dio esta interpretación de las Escrituras a los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 25-27), luego a los propios apóstoles (cf. Lc 24, 44-45).

“Dios le hizo pecado por nosotros”

602 En consecuencia, S. Pedro pudo formular así la fe apostólica en el designio divino de salvación: “Habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo

caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos a causa de vosotros” (1 P 1, 18-20). Los pecados de los hombres, consecuencia del pecado original, están sancionados con la muerte (cf. Rm 5, 12; 1 Co 15, 56). Al enviar a su propio Hijo en la condición de esclavo (cf. Flp 2, 7), la de una humanidad caída y destinada a la muerte a causa del pecado (cf. Rm 8, 3), Dios “a quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él” (2 Co 5, 21).

603 Jesús no conoció la reprobación como si él mismo hubiese pecado (cf. Jn 8, 46). Pero, en el amor redentor que le unía siempre al Padre (cf. Jn 8, 29), nos asumió desde el alejamiento con relación a Dios por nuestro pecado hasta el punto de poder decir en nuestro nombre en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 34; Sal 22,2). Al haberle hecho así solidario con nosotros, pecadores, “Dios no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros” (Rm 8, 32) para que fuéramos “reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rm 5, 10).

Dios tiene la iniciativa del amor redentor universal

604 Al entregar a su Hijo por nuestros pecados, Dios manifiesta que su designio sobre nosotros es un designio de amor benevolente que precede a todo mérito por nuestra parte: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10; cf. 4, 19). “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm 5, 8).

605 Jesús ha recordado al final de la parábola de la oveja perdida que este amor es sin excepción: “De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequeños” (Mt 18, 14). Afirma “dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20, 28); este último término no es restrictivo: opone el conjunto de la humanidad a la única persona del Redentor que se entrega para salvarla (cf. Rm 5, 18-19). La Iglesia, siguiendo a los Apóstoles (cf. 2 Co 5, 15; 1 Jn 2, 2), enseña que Cristo ha muerto por todos los hombres sin excepción: “no hay, ni hubo ni habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo” (Cc Quiercy en el año 853: DS 624).

III CRISTO SE OFRECIO A SU PADRE POR NUESTROS PECADOS

Toda la vida de Cristo es ofrenda al Padre

606 El Hijo de Dios “bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la del Padre que le ha enviado” (Jn 6, 38), “al entrar en este mundo, dice: ... He aquí que vengo... para hacer, oh Dios, tu voluntad... En virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo” (Hb 10, 5-10). Desde el primer instante de su Encarnación el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra” (Jn 4, 34). El sacrificio de Jesús “por los pecados del mundo entero” (1 Jn 2, 2), es la expresión de su comunión de amor con el Padre: “El Padre me ama porque doy mi vida” (Jn 10, 17). “El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado” (Jn 14, 31).

607 Este deseo de aceptar el designio de amor redentor de su Padre anima toda la vida de Jesús (cf. Lc 12,50; 22, 15; Mt 16, 21-23) porque su Pasión redentora es la razón de ser de su Encarnación: “¡Padre líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!” (Jn 12, 27). “El cáliz que me ha dado el Padre ¿no lo voy a beber?” (Jn 18, 11). Y todavía en la cruz antes de que “todo esté cumplido” (Jn 19, 30), dice: “Tengo sed” (Jn 19, 28).

“El cordero que quita el pecado del mundo”

608 Juan Bautista, después de haber aceptado bautizarle en compañía de los pecadores (cf. Lc 3, 21; Mt 3, 14-15), vio y señaló a Jesús como el “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo” (Jn 1, 29; cf. Jn 1, 36). Manifestó así que Jesús es a la vez el Siervo doliente que se deja llevar en silencio al matadero (Is 53, 7; cf. Jr 11, 19) y carga con el pecado de las multitudes (cf. Is 53, 12) y el cordero pascual símbolo de la Redención de Israel cuando celebró la primera Pascua (Ex 12, 3-14; cf. Jn 19, 36; 1 Co 5, 7). Toda la vida de Cristo expresa su misión: “Servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10, 45).

Jesús acepta libremente el amor redentor del Padre

609 Jesús, al aceptar en su corazón humano el amor del Padre hacia los hombres, “los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1) porque “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15, 13). Tanto en el sufrimiento como en la muerte, su humanidad se hizo el instrumento libre y perfecto de su amor divino que quiere la salvación de los hombres (cf. Hb 2, 10. 17-18; 4, 15; 5, 7-9). En efecto, aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre quiere salvar: “Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente” (Jn 10, 18). De aquí la soberana libertad del Hijo de Dios cuando él mismo se encamina hacia la muerte (cf. Jn 18, 4-6; Mt 26, 53).

La humillación de Cristo es para nosotros un modelo a imitar

520 Toda su vida, Jesús se muestra como nuestro modelo (cf. Rm 15,5; Flp 2, 5): él es el “hombre perfecto” (GS 38) que nos invita a ser sus discípulos y a seguirle: con su anonadamiento, nos ha dado un ejemplo que imitar (cf. Jn 13, 15); con su oración atrae a la oración (cf. Lc 11, 1); con su pobreza, llama a aceptar libremente la privación y las persecuciones (cf. Mt 5, 11-12).

Cristo, el Sumo Sacerdote

467 Los monofisitas afirmaban que la naturaleza humana había dejado de existir como tal en Cristo al ser asumida por su persona divina de Hijo de Dios. Enfrentado a esta herejía, el cuarto concilio ecuménico, en Calcedonia, confesó en el año 451:

Siguiendo, pues, a los Santos Padres, enseñamos unánimemente que hay que confesar a un solo y mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo: perfecto en la divinidad, y perfecto en la humanidad; verdaderamente Dios y verdaderamente hombre compuesto de alma racional y cuerpo; consustancial con el Padre según la divinidad, y consustancial con nosotros según la humanidad, `en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado` (Hb 4, 15); nacido del Padre antes de todos los siglos según la divinidad; y por nosotros y por nuestra salvación, nacido en los últimos tiempos de la Virgen María, la Madre de Dios, según la humanidad. Se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo Señor, Hijo único en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación. La diferencia de naturalezas de ningún modo queda suprimida por su unión, sino que quedan a salvo las propiedades de cada una de las naturalezas y confluyen en un solo sujeto y en una sola persona (DS 301-302).

540 La tentación de Jesús manifiesta la manera que tiene de ser Mesías el Hijo de Dios, en oposición a la que le propone Satanás y a la que los hombres (cf Mt 16, 21-23) le quieren atribuir. Es por eso por lo que Cristo venció al Tentador a favor nuestro: “Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (Hb 4, 15). La Iglesia se une todos los años, durante los cuarenta días de Cuaresma, al Misterio de Jesús en el desierto.

La celebración de la Liturgia celestial

1137 El Apocalipsis de S. Juan, leído en la liturgia de la Iglesia, nos revela primeramente que “un trono estaba erigido en el cielo y Uno sentado en el trono” (Ap 4,2): “el Señor Dios” (Is 6,1; cf Ez 1,26-28). Luego revela al Cordero, “inmolado y de pie” (Ap 5,6; cf Jn 1,29): Cristo crucificado y resucitado, el único Sumo Sacerdote del santuario verdadero (cf Hb 4,14-15; 10, 19-21; etc), el mismo “que ofrece y que es ofrecido, que da y que es dado” (Liturgia de San Juan Crisóstomo, Anáfora). Y por último, revela “el río de Vida que brota del trono de Dios y del Cordero” (Ap 22,1), uno de los más bellos símbolos del Espíritu Santo (cf Jn 4,10-14; Ap 21,6).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Los grandes ejercen el poder

El Evangelio de este Domingo nos presenta una pequeña escena insólita; pero, muy instructiva. Es la historia de una «recomendación»; pero, ¡que no llega a puerto o a buen fin! Una día se presenta a Jesús la madre de dos apóstoles, Santiago y Juan, con una atrevida petición (el evangelista Marcos hace intervenir directamente a los mismos apóstoles; pero, Mateo pormenoriza que mandaron delante a su madre). La petición era ésta: «Manda que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu Reino» (Mateo 20, 21).

Se había creado la convicción de que Jesús, de allí a poco, sería reconocido como Mesías y proclamado rey; y aquella madre quiere asegurarse un puesto de privilegio para sus dos hijos. Todo muy natural y perennemente actual. Como natural y actual es la reacción de los otros diez apóstoles, que «se indignaron contra Santiago y Juan». Aspiraban, evidentemente también ellos, a la misma posición.

Frente a esta «recomendación» en plena regla, Jesús se comporta de un modo verdaderamente sorprendente; y es útil conocerlo, visto que el problema de la recomendación es aún casi actual. Imagínate que alguien se presenta hoy a un hombre político para obtener un puesto, pongamos de subsecretario en un gobierno o de guardia urbano o civil. Éste le enumera todos los deberes unidos al oficio, los riesgos que deberá afrontar; en consecuencia, le pregunta: «¿Estás dispuesto a pagar este precio?» El otro le responde: «Sí». Y él: «Bien, el precio lo pagarás, pero, en cuanto al puesto olvídate; no está en mí concederlo». Jesús, en efecto, pide a los dos: «¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber». Ellos, sin pensarlo dos veces, responden: «Lo somos». Y él concluye:

«El cáliz que yo vaya beber lo beberéis, y os bautizaréis con el bautismo con que yo me vaya bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; está ya reservado».

¿Una broma? ¿Una tornadura de pelo? No; Jesús revela sencillamente una nueva escala de valores. El verdadero privilegio, el puesto de honor en su reino, consiste en algo distinto: en compartir su suerte, en estar cercano a él en la cruz («beber el cáliz»). Jesús tenía razón al decir a los dos discípulos: «No sabéis lo que pedís». Si ellos y su madre hubieran sabido a quién le habría tocado el honor de sentarse uno a la derecha y otro a la izquierda” «en su Reino» (¡los dos ladrones crucificados con él!) se habrían cuidado bien de adelantar aquella pregunta.

Pero, ahora, escuchemos a Jesús, que explica a los doce apóstoles (y, naturalmente, a todos los suyos) cuál es la verdadera grandeza, a la que debe aspirar un discípulo suyo:

«Reuniéndolos, les dijo: “Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros, nada de eso: el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos”».

Así, después de aquello sobre el dinero, tenemos la ocasión de escuchar el juicio del Evangelio sobre otro de los grandes ídolos del mundo: el poder. Ni siquiera el poder es intrínsecamente malo, como no lo es el dinero: Dios se define él mismo como «el omnipotente» y la Escritura dice que «el poder pertenece a Dios» (Salmo 62,12). Dado que, sin embargo, el hombre había abusado del poder concedido a él, transformándolo en dominio del más fuerte y en opresión del débil, ¿qué ha hecho Dios? Se ha despojado de su omnipotencia; de «omnipotente» se ha hecho «impotente». «Se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo» (Filipenses 2, 7). Ha transformado el poder en servicio.

Hay un momento, en los relatos de la Pasión, en que esta impotencia de Dios aparece con toda su cruda realidad en Cristo. En el pretorio de Pilatos, Jesús tiene una corona de espinas sobre la cabeza, un manto de burla sobre las espaldas, las manos atadas a las muñecas, hasta tal punto de no poder mover ni siquiera un dedo. Y alrededor están los soldados, que se ríen de él. Un poco antes de la primera lectura se contiene una descripción profética de este salvador «impotente»:

«Creció como un retoño delante de él, como raíz de tierra árida... Despreciado, marginado, hombre doliente y enfermizo, como de taparse el rostro por no verle» (Isaías 52, 2a.3).

Se revela, así, un nuevo poder, el de la cruz. «Ha escogido Dios a los débiles del mundo, para confundir a los fuertes» (cfr. 1 Corintios 1, 24-27). María, en el *Magnificat*, anticipadamente canta esta revolución silenciosa realizada con la venida de Cristo: «Derriba del trono a los poderosos» (Lucas 1,52).

¿Quién viene sometido a acusación por esta denuncia del poder? ¿Sólo los tiranos y dictadores? ¡Ojalá que así fuese! Se trataría, en este caso, de excepciones. Por el contrario, nos afecta a todos. El poder tiene infinitas ramificaciones, se incrusta por todas partes, como cierta arena del Sahara, cuando sopla el viento de siroco o del sudeste. También, en la Iglesia. El «poder temporal» de los papas asimismo, se ha manchado tal vez de abusos; y yo creo que la Iglesia ha ganado enormemente en perderlo. También, los católicos, cuando están en el poder, lo sabemos bien, están sometidos a las tentaciones comunes y, si no están muy atentos, pueden sucumbir groseramente.

Pero, decía yo, que el problema del poder no se plantea sólo para el mundo político. Es más, si nos paramos aquí no hacemos más y más que unimos a la fila de los que están siempre dispuestos a golpear sus propios errores... sobre el pecho de los demás. Es fácil denunciar las culpas colectivas o del pasado; más fácil que las personales o del presente. María dice que Dios:

«Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón. Derribó a los poderosos de sus tronos y exaltó a los humildes» (Lucas 1,51-52).

Ella señala implícitamente un terreno preciso, en el que es necesario comenzar a combatir «la voluntad de poder», el del propio corazón. Nuestra mente («los pensamientos del corazón») puede llegar a ser una especie de trono en el que nos aposentamos para dictar leyes y fulminar a quien no se nos somete. En ciertas regiones de Italia central, se ven todavía muchas casas de campo, que terminan con una especie de torreta por encima de los tejados. ¿Para qué servían? Era el lugar desde donde el dueño vigilaba la labor de los trabajadores del campo, desde donde ejercía su dominio (no necesariamente malo, en este caso). Nosotros estamos contruidos un poco como estas casas. Hay dentro de nosotros una torreta de mando desde donde impartimos órdenes y emitimos juicios y sentencias sobre el mundo entero. Somos, al menos en los deseos, «poderosos sobre tronos». Está, después, el espacio de la familia. También, allí es posible, desgraciadamente, que se manifieste nuestra innata voluntad de dominio y de engaño causando continuos sufrimientos a quien es nuestra víctima; frecuentemente (no siempre), la mujer.

¿Qué opone el Evangelio frente al poder? ¡El servicio! Un poder para los demás, no sobre los demás. El poder confiere autoridad; pero, el servicio otorga algo más, competencia; esto es, respeto, estima, real ascendencia sobre los demás. Al poder, el Evangelio opone igualmente la no-violencia; esto es, un poder de otro tipo, moral, no físico. Jesús decía que habría podido pedirle al Padre doce legiones de ángeles para desbaratar a los enemigos, que estaban a punto de venir a crucificarlo (cfr. Mateo 26,53); pero, prefirió orar por ellos. Y fue así cómo consiguió la victoria. No obstante, el servicio no se expresa siempre y sólo con el silencio y la sumisión al poder. A veces, se puede estimular a levantar valientemente la voz contra él y contra sus abusos.

La segunda lectura dice:

«No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado».

Entre las cosas tristes, que Jesús ha experimentado en su vida, ha estado precisamente el abuso de poder. Sobre él han actuado los poderes políticos y religiosos del tiempo: Herodes, el Sanedrín, Pilatos. Por eso, él está cercano y puede consolar a todos los que en cualquier ambiente (en la familia, en la comunidad, en la sociedad civil) han vivido la experiencia sobre sí de un poder malo y tiránico. Con su ayuda, es posible, como ha hecho él, no «sucumbir al mal» y, por el contrario, vencer «al mal con el bien» (Romanos 12,21).

FLUVIUM (www.fluvium.org)

La grandeza de ser el último

Las palabras finales de Jesús recogidas en estos versículos de san Marcos que hoy nos presenta la Iglesia, merecen de nuevo una especial atención por nuestra parte, y convendrá que las recordemos al oído de bastantes. El pecado de soberbia tiene, entre otras muchas, esta manifestación: el afán por sobresalir y dominar que, por más que estemos de acuerdo en criticarlo, seduce hoy como ayer al hombre, con la tentación de desear ser reconocido como superior, a cualquier precio, y de disponer de los demás en servicio propio.

También cuando Jesús y sus discípulos caminaban por las tierras de Palestina, era corriente que los hombres poderosos emplearan su fuerza sólo para sí, menospreciado a los demás. La miserias humanas se mantienen a la vuelta de veinte siglos, pero sigue siendo actual la enseñanza de nuestro Salvador. Una enseñanza que viene a ser la confirmación de lo que pensaban los apóstoles, la gente normal, sencilla de la época, o el común de los mortales, que diríamos en nuestros días.

Ya hemos recordado en varias ocasiones que Dios es Amor, como afirma san Juan, y que Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, nos manifiesta admirablemente el Amor de Dios, no solamente para que nos sintamos objeto del amor divino, como hijos muy queridos; desea también Dios poner ante los hombres, como modelo, el mismo amor de Jesucristo. Es perfecto Dios y perfecto hombre y de formas diversas manifestó que debíamos imitar su humanidad: **aprended de mí..., os he dado ejemplo...**, afirmaba.

Jesús, en efecto, pone ante nuestros ojos, con su conducta entre los hombres, esa actitud – contraria a la soberbia y a sus manifestaciones– que con demasiada frecuencia echamos de menos entre nosotros. Por eso Nuestro Señor no muestra interés alguno por recibir la aclamación de la gente, ni por tener a los hombres a disposición suya, como si necesitase nuestro servicio o sentir que nos domina para afirmar su categoría. Con sus palabras, por otra parte, y con su vida en este mundo

como hombre perfecto, **muestra al hombre como debe ser el hombre**, según quiso recordar el último Concilio Vaticano. En esto consiste una parte de su misión.

El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en redención de muchos. Una vida dedicada al bien del prójimo. Tomando, pues, como punto de referencia para la nuestra esas palabras, y la perseverante conducta que nos muestran de Jesús los Evangelios, entendemos que el ideal de vida que nos sugiere, pocas veces se identifica con las ilusiones humanas. Los hombres, a impulsos de criterios exclusivamente mundanos, más que con una vida –que se suele considerar de segunda categoría– dedicada a trabajar para otros, sueñan con una existencia autónoma, libre de otros imperativos que no sean los propios. “Es un trabajo servil”, pensamos. Y queremos referirnos a una ocupación que nada dignifica a quien la desempeña. Más bien, al contrario, por ser tan sólo un “servicio”, ese quehacer presupone siempre poca categoría.

Sin embargo, Nuestros Señor, que es de suyo la Verdad misma y la Justicia, no necesita para serlo aprobación de los hombres. Valora ante todo a quien se dedica, no a buscar intencionadamente su propio beneficio, si no al que se emplea con todas sus fuerzas –entregando en ello la vida si fuera preciso–, a ejemplo suyo, por el bien de los demás. Así es el amor generoso: un amor, que si es correspondido, no es la correspondencia lo que busca, y quiere seguir amando, sirviendo, sin recibir nada a cambio y hasta recibiendo ingratitud. Así es el amor de Cristo y esa actitud nos ofrece como ejemplo. Así es la conducta de quien no teme aparecer el último, ser tenido como el interior, pues confía ante todo en Dios –justo Juez– que es Amor, siempre entrega y don de Sí mismo, también cuando no es correspondido por su criatura.

Terminamos hoy estas consideraciones, suplicando al Señor que su luz salvadora ilumine la mente y el corazón de todos los constituidos en autoridad sobre los pueblos. Para que entiendan que han recibido el poder para servir, para llevar mejor a cabo una tarea que es por el bien de todos. Para que descubran el atractivo que ser el último: el que más trabaja, el que no busca el aplauso, el que no piensa en sí mismo, ni trata de quedar bien; porque tanto le interesa la felicidad y el bien de los demás, que hasta la vida daría por ellos.

Nos encomendamos cada uno a la Madre de Dios, y le suplicamos nos conceda descubrir en su ejemplo de servicio –esclava del Señor–, el amor de Dios, que a nosotros, sus hijos, como a Ella nos hace grandes ante El.

PALABRA Y VIDA (www.palabayvida.com.ar)

El conocimiento de Cristo

Lo que los cristianos, al venir a la iglesia el domingo, esperan de la palabra de Dios, es que ella les diga algo concreto sobre su vida cotidiana y sus problemas, sobre qué hacer y cómo comportarse en este o aquel otro caso de la vida. Consiste en aquella que es llamada la lectura moral de las Escrituras y de la cual hemos tenido dos espléndidos ejemplos, en algunos de los domingos pasados, a propósito del problema del divorcio del corazón, del escándalo y de la actitud hacia los bienes terrenales. Aquí, la palabra de Dios revela la verdad del hombre.

Sin embargo, esto no es el objetivo y el contenido más importante de la palabra de Dios; más importante resulta la verdad sobre Dios y sobre Jesucristo que ella nos quiere transmitir. Hay domingos en los cuales toda la palabra de Dios está orientada hacia esta finalidad, a crecer en la fe o, como dice san Pablo, a crecer en el conocimiento de Cristo (cfr. Flp. 3, 8. ssq.). Era ésta, más bien, la gran pasión del Apóstol; todo el resto, lo que se debe hacer en concreto, le parecía que habría surgido

espontáneamente de allí: a quien conoce a Jesucristo, luego le resultará más fácil tener en sí “los mismos sentimientos de Cristo” (cfr. Flp. 2, 5), realizar las propias elecciones en armonía con el Evangelio. La fuerza del cristianismo reside justamente en esto: no es una doctrina moral o una ideología que se limita a decirle al hombre qué debe hacer o pensar, dejándolo tal vez a solas con sus propias fuerzas e impotente para hacerla; es una persona –Jesucristo– que actúa por nosotros y con nosotros.

Y bien, éste es uno de aquellos domingos en que la palabra de Dios está empeñada exclusivamente en hacernos crecer en la fe y en el conocimiento de Cristo. Eso requerirá quizás un mayor esfuerzo y más atención de nuestra parte, pero vale la pena; ya no es tolerable, en efecto, que los cristianos se contenten con las migas del Evangelio, ignorando su punto esencial. Se trata de descubrir algo maravilloso: la identidad profunda de la persona de nuestro Salvador. Veremos al final que este descubrimiento, como siempre, no carece de un reflejo inmediato incluso sobre nuestra vida de todos los días.

El pasaje de Evangelio que hemos leído tiene dos partes: en la primera, el episodio (Santiago y Juan piden sentarse a la derecha y a la izquierda de Jesús en el inminente reino mesiánico); en la segunda, el sentido del episodio. Nosotros nos concentramos en esta segunda parte (de la primera nos hemos ocupado hace algunos domingos, al explicar un episodio análogo: cf., 25º domingo); nos concentramos sin más en una sola frase: *Porque el mismo Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar la propia vida en rescate por una multitud.*

Es una de las frases más importantes del Evangelio; aquella, quizás, que mejor revela qué pensaba Jesús de sí mismo o –como se dice hoy– la autoconciencia de Cristo. Para entenderlo, debemos volver a partir de la primera lectura: se trata de un pasaje de los llamados poemas del Siervo de Yahvé; de ellos surge “el perfil misterioso de un hombre –el siervo– que ha aceptado un particular llamado de Dios y se ha dedicado en cuerpo y alma a su servicio en calidad de testigo de la verdad divina, soportando muchos sufrimientos y sacrificando su vida por los otros”.

Quién era este siervo había quedado como un misterio y, al mismo tiempo, como una promesa. Sin embargo, dos cosas resultaban claras: primero, este hombre habría probado hasta lo más profundo el sufrimiento humano (Hombre de los dolores que bien conoce el padecer); segundo, en él el sufrimiento habría adquirido un sentido; ya no habría sido aquel brutal sufrir sin saber por qué y por quién que había llevado a Job hasta el borde de la desesperación, sino un sufrir fecundo que se habría transformado en luz, liberación, rescate y salvación para “una multitud”.

Se entendía que debajo de aquellas palabras había una promesa: Israel –¡más bien la humanidad entera!– ahora sufre y está como oprimida, pero un día sucederá algo (¡y vendrá alguien!) que dará por fin un significado a este sufrimiento. Sin embargo, los israelitas nunca habían pensado que este “alguien” tendría que ser justamente el Mesías; el Mesías debía ser hermoso, no “carente de belleza”; glorioso, no “despreciado”; victorioso, no perdedor; debía ser el famoso “Hijo del hombre” que avanza para recibir el Reino (cfr. Dn. 7, 13).

Así se pensaba también en torno a Jesús; así pensaba también Pedro: Eso (o sea, el sufrir) no sucederá (Mt. 16, 22). Fue el motivo por el cual Jesús, durante su vida, debió evitar llamarse y presentarse como Cristo, es decir, como Mesías; en seguida habrían exigido de él las contraseñas de aquel otro mesías que él no deseaba ser: ¡Si eres el Cristo, di esto; si eres el Cristo, haz esto y aquello otro!

De aquella imagen del Mesías que circulaba alrededor de él, Jesús acepta una sola cosa: el título “Hijo del hombre”; fue su nombre predilecto; lo hemos escuchado en el pasaje de hoy, pero es

un hecho constante: Jesús amaba llamarse así: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?” Pero he aquí la inaudita y gran innovación: Jesús cambia el sentido de aquel título, lo vacía y lo vuelve a llenar. Ya no un caudillo divino que se abre camino venciendo enemigos políticos e instaurando un Reino de Dios político, no un dominador sino un servidor; no un vencedor sino un vencido: *El Hijo del hombre vino para servir y dar su vida en rescate por una multitud.*

Así, en esta estructura de profecía y realización (es decir, en la comparación entre el siervo de Yahvé y Jesús de Nazaret), se revela la verdadera identidad de Cristo y toma forma el fundamental anuncio cristiano: Jesús de Nazaret es el Mesías doliente que, en su misterio pascual de obediencia, nos ha redimido. La Iglesia, después de la Pascua, no tiene ninguna duda acerca de ello; a la pregunta del ministro de la reina de Etiopía: “¿De quién dice esto el Profeta [Isaías]?, el apóstol Felipe responde: ¡De Jesús! y, comenzando por este texto de la Escritura (el mismo pasaje que hemos leído hay) le anunció la Buena Noticia de Jesús y lo bautizó” (Hech. 8, 34 ssq.).

Ahora nosotros, hombres del siglo veinte, nos encontramos ante este anuncio: ¡Dios ha actuado así! ¿Cómo reaccionaremos? Se pueden tomar tres “partidos”. Uno, el peor, es la indiferencia: se escucha como a flor de piel todo eso y luego se lo olvida para volver a la pesadez y a la opacidad de la vida de todos los días. El segundo es la rebelión y el escándalo, como lo fue entonces: ¿por qué Dios no vence al dolor antes que padecerlo? ¡El mundo todavía está lleno del dolor de los inocentes, y qué dolor! Hombres como el siervo de Yahvé descrito por Isaías: despreciados y abandonados, tratados como gusanos y no como hombres, son todavía millones. No es suficiente decir que también Jesús era un inocente y ha sufrido por todos, escribió Dostoyevski; esto puede llegar a ser otro motivo más de escándalo: ¿por qué también Jesús? ¿Acaso el Dios de Jesucristo es impotente frente al mal, como el dios de las gentes lo era frente al hado?

Es un escándalo que se supera sólo con la tercera actitud: con la fe. El creyente sabe –no sólo porque se lo dice san Pablo, sino por experiencia– que aquello que fue escándalo para los judíos y que empujó a algunos de nuestros contemporáneos a la rebelión –es decir, el Cristo doliente– es en realidad fuerza y sabiduría de Dios (1 Cor. 1, 24 ssq.). Un día, cuando haya terminado, comprenderemos que no había un medio más poderoso y más sabio que éste para vencer el mal del mundo: es decir, que Dios mismo lo cargase sobre sí.

Mientras tanto, hay una garantía de que sucederá así: ¡aquel siervo doliente ha resucitado! A causa de esto, la liturgia nos ha exhortado con aquellas palabras: *Hermanos, tenemos un gran sumo sacerdote que ha penetrado los cielos, Jesús, Hijo de Dios: por eso, mantengamos firme nuestra profesión de fe... Él sabe compartir nuestras debilidades porque fue sometido a las mismas pruebas que nosotros* (2ª lectura).

Nunca como en esta celebración de hoy, la Eucaristía sella y actualiza la Palabra: Este es mi cuerpo ofrecido en sacrificio por ustedes; ésta es mi sangre derramada para todos.

Jesús se hace presente en su realidad de siervo de Dios que da la vida por todos, Al desmenuzar su cuerpo y participar de su sangre, nosotros expresamos que ahora somos solidarios con él, formamos un solo pueblo y un solo cuerpo con él ante Dios; si su sufrimiento es “para” todos, eso sucede porque, gracias a la solidaridad establecida en la Encarnación, también es “de” todos. ¡Esto es lo que en nuestra religión se llama la salvación!

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en el Colegio de S. Pedro Apóstol (17-X-1982)

– Obediencia

“El Hijo del hombre... no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos” (Mc 10, 45). Este versículo final del pasaje evangélico de este domingo, que acabamos de leer, nos da el criterio fundamental para entender la naturaleza verdadera de la vocación misionera...

Dicho criterio es el de “servicio” tal y como lo ha vivido y enseñado Jesús. Falsearíamos el significado cristiano de “misión” si no lo enfocásemos con esta luz, si no consideráramos la misión como “servicio”. Este criterio confiere a la misión su verdad y eficacia sobrenatural. Pues, ¿quién es en realidad servidor sino quien ha sido llamado por el Superior y por obediencia a éste acepta el encargo que se le confía?

Pues bien, el Superior a quien el misionero debe servir y por quien es llamado es Dios mismo, y el “servicio” que ha de prestar el misionero es anunciar la Palabra de Dios al mundo. Y, ¿con qué fin? Para gloria de Dios y salvación de los hermanos creados a imagen de Dios y amados por amor de Dios.

Si tal es la vocación misionera, entonces será oportuno reflexionar sobre algunos aspectos estrechamente relacionados con el concepto evangélico de “servicio”.

La virtud primaria del servidor evangélico es la obediencia. Pues la misión, que es encargo divino y sobrenatural, presupone una vocación de lo Alto, y no se puede dar respuesta concreta a esta llamada divina sin espíritu de obediencia sobrenatural, sin disponibilidad generosa a la voz de Dios que nos llama para enviarnos al mundo.

¿Cómo habrá de ser la obediencia del misionero?

– Respetar y transmitir la doctrina cristiana

Abarca sus facultades más preciadas: entendimiento y voluntad. Por tanto, debe ser en primer lugar obediencia del entendimiento a Cristo-Verdad y, consiguientemente, adhesión práctica de la voluntad: reproducir en nosotros, en el Espíritu, la misma vida de Cristo, siervo obediente del Padre y primer anunciador de su Palabra, porque Él mismo es la Palabra del Padre.

Obedecer a la verdad es la virtud primaria del misionero. Y no siempre es fácil, pues se requieren equilibrio y honradez intelectuales, únicas cualidades que llevan a aceptar con lealtad y valentía la verdad conocida con certeza, evitando pretextos y subterfugios que lleven al relativismo o al subjetivismo. Y de otra parte, también es necesaria la humildad que nos libra de dar por cierto lo que no lo es y de presentarlo como tal.

La verdad cristiana que se ha de anunciar al mundo es en sí absolutamente cierta, universal e intangible porque procede de Dios eterno, fiel e inmutable. Por tanto, es preciso que con verdadero espíritu de fe el misionero asuma esta certeza sin achacar sus propias dudas a la Palabra de Dios y también sin atribuir a sus frágiles opiniones humanas el grado de certeza que sólo la Palabra divina puede tener.

Anunciar a Cristo no es ni puede ser, según la errada interpretación de algunos, erigirse en superiores a los maestros, situándose un escalón más alto que los demás; sino que por el contrario, su

pone la humildad de aceptar y luego comunicar una doctrina que no es nuestra sino de Dios, considerándose servidores y deudores de los otros por esta misma doctrina.

Ser misioneros significa “sentirse” enviados por Dios por haber sido realmente llamados en fuerza de signos ciertos y objetivos procedentes de la escucha interior de la voz divina y respaldados por la aprobación y mandato explícito de la Iglesia, que se expresa por sus legítimos Pastores. Sólo esto convierte al misionero en auténtico servidor de la divina misericordia.

Por ello, pensar que se está en posesión —como debe hacer el misionero— de una doctrina divina e infalible cual es la de Cristo, no es de por sí un acto presuntuoso, como algunos piensan, sino humilde conciencia cierta y comprobada de haber recibido a su vez esta doctrina, en su integridad y autenticidad, del Magisterio vivo de la Iglesia a la que Cristo envía sin cesar su Espíritu de verdad.

Otro punto sobre el que hacemos bien en concentrar la atención es el referente a la índole específica del servicio a realizar. Este consiste en anunciar la Palabra de Dios, como ya he dicho. Ahora bien, está claro que el servidor debe ser capaz de cumplir la labor asignada. Pero anunciar la Palabra de Dios es tarea que sobrepasa las fuerzas naturales del hombre: es tarea sobrenatural. Por su origen, contenido, fin, modos y medios de transmitirse, el mensaje cristiano trasciende esencialmente incluso los mensajes humanitarios o culturales más elevados marcados por una sencilla religiosidad natural. Por su nobleza divina el mensaje cristiano requiere en quien lo comunica y en quien lo recibe un suplemento de inteligencia, por así decir: el *intellectus fidei*, que transmita la dignidad de su contenido al lenguaje de quien habla y al oído del que escucha. En este sentido habla San Pablo de “lenguaje espiritual” hecho para “hombres espirituales” (cfr. 1 Cor 2).

Sólo manteniendo esta actitud de agradecimiento, de filial disponibilidad y de obediencia al Padre, mediante la comunión espiritual con Cristo y su Iglesia, el misionero estará capacitado para conservar pura en su corazón la grandeza del mensaje recibido, sin degradarlo o diluirlo en la volubilidad de las ideologías terrenas, sin convertirlo en instrumento de orgullo o poder mundano, y sin creer que puede difundirse con otros medios que no sean los evangélicos de pobreza, mansedumbre, sacrificio, testimonio y oración, con la virtud y potencia del Espíritu.

– Abnegación

La última consideración nace del concepto de misión como servicio: lo que el servidor hace, ¿para quién lo hace? No para sí, si no para los objetivos del Superior. Asimismo el misionero: no trabaja para sí, sino para el reino de Dios y su justicia. Tenemos aquí una interpelación que va más allá de perspectivas meramente terrenas o humanas. No se trata de “aconsejarse de la carne y de la sangre” (cfr. Gál 1,16), sino de escuchar en lo íntimo del propio corazón el “murmullo” de esa (“agua” de que ya habló el gran obispo-mártir San Ignacio de Antioquía: el agua pura y límpida de la fe y la caridad, y que decía: “Ven al Padre, ofrece tu vida por Dios y los hermanos” (cfr. “Carta a los Romanos”, cap. 6, 1-8, 3; Funk 1, 217-223).

El buen servidor se olvida de sí y de sus intereses para cumplir la tarea encomendada. Y el servidor del Evangelio se comportará de la misma manera. Mas como este sacrificio sobrepasa las fuerzas y razones de la sabiduría humana, el misionero, al decir su “sí” in condicional al Padre que lo envía al mundo, confía siempre y sólo, y con tranquilidad renovada en la ayuda divina, que se le concederá sobre todo en el momento de la prueba, que pudiera llegar hasta la cumbre del martirio.

Y cuando en la hora más angustiada del testimonio en el sufrimiento le parece al misionero que todo se ha perdido, en ese momento precisamente la luz de la fe le hace comprender que, unido a Jesús crucificado, y confiado plenamente a la misericordia del Padre, contribuye a difundir la luz

divina de manera mucho más eficaz que cuanto hubiera podido conseguir con los medios humanos, incluso los más eficientes. No es que dichos medios no sean valederos para las misiones, sino que al contrario, son benditos; y sería de desear mayor incremento de los mismos; pero sólo son instrumentos que han de utilizarse según los planes de Dios y las exigencias pastorales de su reino.

La Reina de las Misiones, María Santísima, nos enseña el secreto y alma de este apostolado: ponerse totalmente a disposición de la voluntad del Padre celestial entregando incondicionalmente la vida, para que por la virtud y fuerza del Espíritu Santo concibamos a Cristo en nuestro corazón y lo demos a las almas. Reina de las Misiones, ruega por nosotros. Amén.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

La pregunta de Cristo a estos dos discípulos tras hacerles notar lo improcedente de su petición es todo un desafío: “¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?” Retengamos hoy en el alma, como una lección inolvidable, la briosa respuesta de estos dos hermanos: “Lo somos”, contestaron.

El Señor que conocía sobradamente lo que hay en el corazón de cada hombre y que no se dejaba impresionar por ardorosos arrebatos -a Pedro que estaba dispuesto a dar la vida por Él le dirá: “no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces” (Jn 13, 38)-, viendo la resolución de Santiago y Juan, aseguró: “lo beberéis, y os bautizaréis”. En una época en que el sentimentalismo se impone a la libertad y al dominio de sí en muchas gentes, y en la que las simpatías y antipatías, las ganas y desganas, los flechazos a primera vista, los estados de humor imponen su ley a la razón y a la voluntad, la libertad, y que frente a todo esto se piensa que no hay nada que hacer y lo sensato es dejarse llevar, declarando que la mejor manera de librarse de una tentación es ceder a ella con la consiguiente pérdida del control sobre nosotros mismos, la respuesta de estos dos discípulos es toda una lección de carácter, de personalidad.

Hay que amar a Dios con todo el corazón, apasionadamente, con el calor y la fuerza de Santiago y Juan, poniendo todo la seriedad de que seamos capaces en lo que Dios nos ha confiado. Si nuestra conducta fuera el producto de decisiones fríamente calculadas no viviríamos íntegramente la caridad. “A la perfección moral, enseña santo Tomás, pertenece que el hombre se mueva al bien no sólo según la voluntad, sino también según el sentimiento”.

Cada uno de nosotros debería llevar, con la ayuda de lo alto, un ser decidido a todo, un ser que ante los desafíos -esos obstáculos que se interponen en el camino- conteste: *Possumus!* ¡Sí, Señor, podemos! Podemos superar nuestras deficiencias, suprimir nuestras rencillas y derribar los muros que nos separan. Podemos controlar más esa lengua murmuradora y calumniosa que tanto daño hace y que nos aleja de Dios y de los demás. Podemos preocuparnos más de los demás viviendo una fraternidad más servicial y atenta. Podemos trabajar con más intensidad y perfección huyendo de chapuzas e improvisaciones. Podemos ser más sobrios y pacientes.

¡Podemos! El Señor nos ayudará porque Él ha depositado su Amor en nuestros corazones y el amor es más fuerte que la muerte.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“Tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores”

Es la última parte del Canto del Siervo. Hace pensar en que el triunfo final será la recompensa a tanto dolor, por voluntad divina, ya que “lo que el Señor quiere prosperará por sus manos”.

La misión con que se ha presentado Jesús será norma para sus discípulos. Ellos habrán de ser servidores igual que el mismo Jesús. Él completará la idea de servicio con la entrega por nosotros: “Dar su vida en rescate por todos”.

La alusión en la 2ª. lectura al “trono de la gracia”, equivalente al “trono de Dios”, nos muestra que el acceso a ese trono es posible precisamente por la obra redentora del sumo sacerdote Jesucristo.

Cuando al hombre de hoy se le ofrecen oportunidades de cambio y mejoría, suelen ser aceptadas con condiciones: que no compliquen la vida ni comprometan demasiado. Así no es posible cambiar, porque a nadie se le hace mejor si él no quiere. La oferta siempre es un servicio y la aceptación un favor a uno mismo.

— “Conmovido por tantos sufrimientos, Cristo no sólo se deja tocar por los enfermos, sino que hace suyas sus miserias: «Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades» (Mt 8,17). No curó a todos los enfermos. Sus curaciones eran signos de la venida del Reino de Dios. Anunciaban una curación más radical: la victoria sobre el pecado y la muerte por su Pascua. En la Cruz, Cristo tomó sobre sí todo el peso del mal y quitó el «pecado del mundo» (Jn 1,29), del que la enfermedad no es sino una consecuencia. Por su pasión y su muerte en la Cruz, Cristo dio un sentido nuevo al sufrimiento: desde entonces éste nos configura con Él y nos une a su pasión redentora. «Sanad a los enfermos...» (1505; cf. 517. 440).

— “Por su obediencia amorosa a su Padre, «hasta la muerte de cruz» (Flp 2,8), Jesús cumplió la misión expiatoria del Siervo doliente que «justifica a muchos cargando con las culpas de ellos» (Is 53,11)” (623).

— “Desde el primer instante de su Encarnación el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4,34). El sacrificio de Jesús «por los pecados del mundo entero» (1 Jn 2,2), es la expresión de su comunión de amor con el Padre: «El Padre me ama porque doy mi vida» (Jn 10,17). «El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado» (Jn 14,31)” (606; cf. 2716. 2749).

— “Esta dignidad se expresa en la disponibilidad a servir, según el ejemplo de Cristo, que no ha venido para ser servido sino para servir. Si, por consiguiente, a la luz de esta actitud de Cristo se puede verdaderamente «reinar» sólo «sirviendo», a la vez el «servir» exige tal madurez espiritual que es necesario definirla como el «reinar»... para poder servir digna y eficazmente a los otros, hay que saber dominarse, es necesario poseer las virtudes que hacen posible tal dominio” (Juan Pablo II, RH 21).

El Evangelio nos retrata a un aparente perdedor, que siempre ganó, y a unos supuestos ganadores, que acabaron perdiendo.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Servir.

– La vida cristiana consiste en imitar a Cristo.

I. Como el discípulo ante el maestro, como el niño junto a su madre, así ha de estar el cristiano en todas las ocupaciones ante Cristo. El hijo aprende a hablar oyendo a su madre, esforzándose en copiar sus palabras; de la misma forma, viendo obrar y actuar a Jesús, aprendemos a conducirnos como Él. La vida cristiana es imitación de la del Maestro, pues Él se encarnó y *os dio ejemplo para que sigáis sus pasos*¹. San Pablo exhortaba a los primeros cristianos a imitar al Señor con estas otras palabras: *Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús*². Él es la causa ejemplar de toda santidad, es decir, del amor a Dios Padre. Y esto no sólo por sus hechos, sino por su ser íntimo, pues su modo de obrar era la expresión externa de su unión y amor al Padre.

Nuestra santidad no consiste tanto en una imitación externa de Jesús, sino en permitir que nuestro ser íntimo se vaya configurando con el de Cristo. *Despojaos del hombre viejo con todas sus obras y vestíos del hombre nuevo...*³, anima San Pablo a los colosenses. Esta diaria renovación significa desear constantemente limar nuestras costumbres, eliminar de nuestra vida los defectos humanos y morales, lo que no es conforme con la vida de Cristo...; pero, sobre todo, procurar que nuestros sentimientos ante los hombres, ante las realidades creadas, ante la tribulación, se parezcan cada día más a los que tuvo Jesús en circunstancias similares, de tal manera que nuestra vida sea en cierto sentido prolongación de la suya, pues Dios *nos ha predestinado a ser semejantes a la imagen de su Hijo*⁴. La misma gracia divina, en la medida en que correspondemos a la acción continua del Espíritu Santo, nos hace semejantes a Dios. Seremos santos si Dios Padre puede afirmar de nosotros lo que un día dijo de Jesús: *Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias*⁵. Nuestra santidad consistirá, pues, en ser por la gracia lo que es Cristo por naturaleza: hijos de Dios.

El Señor lo es todo para nosotros. “Este árbol es para mí una planta de salvación eterna; de él me alimento, de él me sacio. Por sus raíces me enraizó y por sus ramas me extendiendo, su rocío me regocija y su espíritu como viento delicioso me fertiliza. A su sombra he alzado mi tienda, y huyendo de los grandes calores allí encuentro un abrigo lleno de rocío. Sus hojas son mi follaje, sus frutos mis perfectas delicias, y yo gozo libremente sus frutos, que me estaban reservados desde el principio. Él es en el hambre mi alimento, en la sed mi fuente, y mi vestido en la desnudez, porque sus hojas son espíritu de vida: lejos de mí desde ahora las hojas de la higuera. Cuando temo a Dios, Él es mi protección; y cuando vacilo, mi apoyo; cuando combato, mi premio; y cuando triunfo, mi trofeo. Es para mí el sendero estrecho y el sendero angosto”⁶. Nada deseo fuera de Él.

– **Jesús nos enseña que no ha venido a ser servido sino a servir. Imitarle.**

II. El Evangelio de la Misa⁷ nos relata la petición que hicieron Santiago y Juan a Jesús de dos puestos de honor en su Reino. Después, los diez *comenzaron a indignarse* contra estos dos hermanos. Jesús les dijo entonces: *Sabéis que los que figuran como jefes de los pueblos los oprimen, y los poderosos los avasallan. No ha de ser así entre vosotros; por el contrario, quien quiera llegar a ser grande entre vosotros, sea vuestro servidor; y quien entre vosotros quiera ser el primero, sea esclavo de todos. Y les da la suprema razón: porque el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en redención de muchos.*

¹ 1 Pdr 2, 21.

² Flp 2, 5.

³ Col 3, 9.

⁴ Rom 8, 29.

⁵ Mt 3, 17.

⁶ SAN HIPOLITO, *Homilía de Pascua*.

⁷ Mc 10, 35-45.

En diversas ocasiones proclamará el Señor que no vino a ser servido sino a servir: *Non veni ministrari sed ministrare*⁸. Toda su vida fue un servicio a todos, y su doctrina es una constante llamada a los hombres a olvidarse de sí mismos y a darse a los demás. Recorrió constantemente los caminos de Palestina sirviendo a cada uno –*singulis manus imponens*⁹– de los que encontraba a su paso. Se quedó para siempre en su Iglesia, y de modo particular en la Sagrada Eucaristía, para servirnos a diario con su compañía, con su humildad, con su gracia. En la noche anterior a su Pasión y Muerte, como enseñando algo de suma importancia, y para que quedara siempre clara esta característica esencial del cristiano, lavó los pies a sus discípulos, para que ellos hicieran también lo mismo¹⁰.

La Iglesia, continuadora de la misión salvífica de Cristo en el mundo, tiene como quehacer principal servir a los hombres, por la predicación de la Palabra divina y la celebración de los sacramentos. Además, “tomando parte en las mejores aspiraciones de los hombres y sufriendo al no verles satisfechos, desea ayudarles a conseguir su pleno desarrollo, y esto precisamente porque les propone lo que ella posee como propio: una visión global del hombre y de la humanidad”¹¹.

Los cristianos, que queremos imitar al Señor, hemos de disponernos a un servicio alegre a Dios y a los demás, sin esperar nada a cambio; servir incluso al que no agradece el servicio que se le presta. En ocasiones, muchos no entenderán esta actitud de disponibilidad alegre. Nos bastará saber que Cristo sí la entiende y nos acoge entonces como verdaderos discípulos suyos. El “orgullo” del cristiano será precisamente éste: servir como el Maestro lo hizo. Pero sólo aprendemos a darnos, a estar disponibles, cuando estamos cerca de Jesús. ***Al emprender cada jornada para trabajar junto a Cristo, y atender a tantas almas que le buscan, convéncete de que no hay más que un camino: acudir al Señor.***

–***¡Solamente en la oración, y con la oración, aprendemos a servir a los demás!***¹². De ella obtenemos las fuerzas y la humildad que todo servicio requiere.

– **Servir con alegría.**

III. Nuestro servicio a Dios y a los demás ha de estar lleno de humildad, aunque alguna vez tengamos el honor de llevar a Cristo a otros, como el boricón sobre el que entró triunfante en Jerusalén¹³. Entonces más que nunca hemos de estar dispuestos a rectificar la intención, si fuera necesario. “Cuando me hacen un cumplido –escribe el que más tarde sería Juan Pablo I–, tengo necesidad de compararme con el jumento que llevaba a Cristo el día de ramos. Y me digo: ¡Cómo se habrían reído del burro si, al escuchar los aplausos de la muchedumbre, se hubiese ensoberbecido y hubiese comenzado –asno como era– a dar las gracias a diestra y siniestra... ¡No vayas tú a hacer un ridículo semejante...!”¹⁴, nos advierte.

Servicio alegre, como nos recomienda la Sagrada Escritura: *Servid al Señor con alegría*¹⁵, especialmente en aquellos trabajos de la convivencia diaria que pueden resultar más molestos o ingratos y que suelen ser con frecuencia los más necesarios. La vida se compone de una serie de servicios mutuos diarios. Procuremos nosotros excedernos en esta disponibilidad, con alegría, con

⁸ Mt 20, 8.

⁹ Lc 4, 40.

¹⁰ Cfr. Jn 13, 4 ss.

¹¹ B. PABLO VI, Enc. *Populorum progressio*, 26-III-1967, 13.

¹² SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 72.

¹³ Cfr. Lc 19, 35.

¹⁴ A. LUCIANI, *Ilustrísimos señores*, p. 59.

¹⁵ Sal 99, 2.

deseos de ser útiles. Encontraremos muchas ocasiones en la propia profesión, en medio del trabajo, en la vida de familia..., con parientes, amigos, conocidos, y también con personas que nunca más volveremos a ver. Cuando somos generosos en esta entrega a los demás, sin andar demasiado pendientes de si lo agradecerán o no, de si lo han merecido..., comprendemos que “servir es reinar”¹⁶.

Aprendamos de Nuestra Señora a ser útiles a los demás, a pensar en sus necesidades, a facilitarles la vida aquí en la tierra y su camino hacia el Cielo. Ella nos da ejemplo: *En medio del júbilo de la fiesta, en Caná, sólo María advierte la falta de vino... Hasta los detalles más pequeños de servicio llega el alma si, como Ella, se vive apasionadamente pendiente del prójimo, por Dios*¹⁷. Entonces hallamos con mucha facilidad al Señor, que nos sale al encuentro y nos dice: *cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí me lo hicisteis*¹⁸.

Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Sant Cugat del Vallés, Barcelona, España)
(www.evangelinet.net)

El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor

Hoy, nuevamente, Jesús trastoca nuestros esquemas. Provocadas por Santiago y Juan, han llegado hasta nosotros estas palabras llenas de autenticidad: «Tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida» (Mc 10,45).

¡Cómo nos gusta estar bien servidos! Pensemos, por ejemplo, en lo agradable que nos resulta la eficacia, puntualidad y pulcritud de los servicios públicos; o nuestras quejas cuando, después de haber pagado un servicio, no recibimos lo que esperábamos. Jesucristo nos enseña con su ejemplo. Él no sólo es servidor de la voluntad del Padre, que incluye nuestra redención, ¡sino que además paga! Y el precio de nuestro rescate es su Sangre, en la que hemos recibido la salvación de nuestros pecados. ¡Gran paradoja ésta, que nunca llegaremos a entender! Él, el gran rey, el Hijo de David, el que había de venir en nombre del Señor, «se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres (...) haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Fl 2,7-8). ¡Qué expresivas son las representaciones de Cristo vestido como un Rey clavado en cruz! En Cataluña tenemos muchas y reciben el nombre de “Santa Majestad”. A modo de catequesis, contemplamos cómo servir es reinar, y cómo el ejercicio de cualquier autoridad ha de ser siempre un servicio.

Jesús trastoca de tal manera las categorías de este mundo que también resitúa el sentido de la actividad humana. No es mejor el encargo que más brilla, sino el que realizamos más identificados con Jesucristo-siervo, con mayor Amor a Dios y a los hermanos. Si de veras creemos que «nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos» (Jn 15,13), entonces también nos esforzaremos en ofrecer un servicio de calidad humana y de competencia profesional con nuestro trabajo, lleno de un profundo sentido cristiano de servicio. Como decía la Madre Teresa de Calcuta: «El fruto de la fe es el amor, el fruto del amor es el servicio, el fruto del servicio es la paz».

¹⁶ Cfr. S. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, 21.

¹⁷ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 631.

¹⁸ Mt 25, 40